



Apocalipsis:

Un Mensaje Divino de Esperanza

Padre Bruce Vawter, C.M.

Caballeros de Colón presenta
La Serie Veritas
“Proclamando la fe en el tercer milenio”

Apocalipsis: Un mensaje Divino de Esperanza

POR

PADRE BRUCE VAWTER, C.M.

Editor General
Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.
Director del Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Imprimatur

+ John F. Whealon
Arzobispo de Hartford, Connecticut

Este texto fue escrito alrededor de 1969 por el eminente estudioso de las Escrituras, Padre Bruce Vawter, C.M. Debido a que es teológicamente sólido y las interrogantes que enfoca continúan teniendo actualidad, el Servicio de Información Católica ha decidido reproducirlo sin cambio alguno.

Copyright © 2001 por el Consejo Supremo de los Caballeros de Colón.
Derechos reservados.

Portada: Christ (a Byzantine mosaic in the south gallery, 11th c.). Hagia Sophia, Istanbul, Turkey. © Erich Lessing/Art Resource, New York.

Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida o transmitida en alguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por banco de información y sistema de restauración, sin permiso escrito de la casa publicadora. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971

www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
203-752-4018 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

ÍNDICE

¿QUÉ ES EL APOCALIPSIS?	5
“Ustedes que estaban muertos...”	6
El Cristo vencedor	7
La profecía	7
El malentendido	8
¿Por qué el Apocalipsis?	8
El terror de Nerón	9
La apocalíptica judía	10
Nabucodonosor	11
El paganism	11
Un pueblo dividido	12
Sólo para judíos	13
Otros libros	13
LO QUE VIO JUAN	15
El simbolismo	16
Significado entendido	16
Números simbólicos	17
Lo que significan	18
“...Sobre alas de águila”	18
El Profeta Juan	19
Babilonia	19
“...Como una trompeta”	20
Cada uno Tenía cuaatro caras	20
La vision	21
El Libro de Henoc	21
Las tradiciones	22
LAS SIETE IGLESIAS	24
“Alfa y Omega”	25
Las siete iglesias	27
La espada de dos filos	28
“Árbold la vida”	28
Las Falsas Enseñanza	30
Un gran futuro	31
El Antiguo Testamento	32

LAS CALAMIDADES QUE SE APROXIMAN	33
El Cordero	34
Hijo de Dios	34
El momento señalado por Dios	36
El sello de los vivos	36
Las trompetas	37
Las invasiones romanas	38
Los ángeles de Dios	38
El triunfo celestial	39
La liberación	40
LA MUJER VESTIDA DE SOL	41
“Las alas de águila”	42
Las maravillas realizadas	43
“La Bestia”	43
La siete copas	44
El juicio	44
La Tienda del Testimonio	45
Símbolos numéricos	45
Símbolo del mal	46
“El poder de la Bestia”	47
La caída de Babilonia	48
LA NUEVA JERUSALÉN	49
Primera resurrección	50
1000 años	50
La Iglesia glorificada	51
La bendición de los justos	51

I

¿QUÉ ES EL APOCALIPSIS?

Si alguien que no es católico lee la Biblia en inglés verá que el último libro del Nuevo Testamento se llama “Libro de las Revelaciones”. Ésta es, de hecho, una traducción muy fiel de la palabra griega *apocalypsis*, que se conserva como “Apocalipsis,” en las traducciones Católicas de la Biblia a otros idiomas. Pero también puede llevar a una interpretación errónea, aunque no sea su propósito.

Un ejemplo de lo confuso del término es el hecho de que con frecuencia oímos que la gente se refiere a este libro como “de las Revelaciones”. Eso significa que lo ven en términos de “cómo serán las cosas en el futuro.” “Revelar” significa develar los secretos, y ¿qué es más secreto que un futuro que sólo Dios puede saber? Además, nunca nada ha excitado más la curiosidad que el futuro desconocido. Por medios lícitos e ilícitos, por medio de oraciones y adivinaciones, consultando espiritistas, signos y presagios, el hombre siempre ha buscado ansiosamente esas “revelaciones”. Y en la mente de muchas personas, esto es exactamente lo que muestra el Apocalipsis de San Juan. Para ellos, es una colección de “revelaciones” sobre el futuro hechas por el Todopoderoso mismo, que sólo tenemos que leer e interpretar.

Pero es una interpretación desafortunadamente errónea del significado de la palabra Apocalipsis o Revelación. Quizás esto en sí no sería tan trágico, pero lo que es extremadamente nocivo es el sinnúmero de interpretaciones sin ningún fundamento y absolutamente erróneas a las que ha dado lugar este malentendido. Es cierto que la Revelación es la develación de algo, e incluso de algo por venir, pero se trata de un algo muy definido y preciso, no de un panorama general de la historia del futuro. Se trata, como lo dice con claridad la introducción del libro (1, 1-3): “la revelación de Jesucristo”, “lo que ha de suceder pronto”, “la Palabra de Dios”, “el testimonio de Jesucristo”, “todo lo que (Juan) vio”, y “la profecía” cuyo “Tiempo está cerca”. Es, en resumen, una

revelación divina que tuvo Juan en una visión, no del futuro indefinido, sino de algo que sucedería pronto.

¿Una revelación de qué? El contenido del libro debe resolver nuestras dudas. Es “la Revelación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1, 7), “cuando el Señor Jesús se revele desde el cielo con sus poderosos ángeles, en medio de una llama de fuego” (2 Tesalonicenses 1, 7), “la gracia que se os procurará mediante la Revelación de Jesucristo” (1 Pedro 1, 13), “lo mismo sucederá el Día en que el Hijo del hombre se manifieste” (Lucas 17, 30). Es, en otras palabras, la manifestación del triunfo de Cristo, que vendrá pronto. Éste es el hecho que se dio a conocer a Juan en una visión y éste es el hecho de que trata el Apocalipsis.

“Ustedes que estaban muertos...”

Este triunfo de Cristo, es cierto, existe en varios planos. Así como Dios es “Aquel que era, que es y que va a venir” (4, 8), el triunfo de Su Hijo es a la vez un hecho que ya ha sucedido, una realidad perdurable, y una promesa que está relacionada con el futuro. Con mayor frecuencia la “revelación” de Cristo, como la vemos en los textos mencionados, hace referencia a Su gloriosa venida final en el fin de los tiempos. Pero también significa el aquí y ahora al igual que el pasado. El Apocalipsis trata del triunfo de Cristo como una sola realidad, en la cual pasado, presente y futuro están fusionados en uno. Es, en efecto, un triunfo perenne. Por lo tanto, ¿puede Juan decir que vendrá “pronto”?

Esta idea está presente en el resto del Nuevo Testamento. En Colosenses 2, 13-15, Pablo dice que “a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y en vuestra carne incircuncisa, os vivificó juntamente con él y nos perdonó todos nuestros delitos habiendo cancelado la nota de cargo que había contra nosotros, la de las prescripciones con sus cláusulas desfavorables, y la suprimió clavándola en la cruz. Y, una vez despojados los Principados y las Potestades, los exhibió públicamente, incorporándolos a su cortejo triunfal”. Aquí el triunfo es un hecho que ha ocurrido. Sin embargo, en Efesios 6, 12 él dice: “Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas”; aquí todavía no hay triunfo, sino lucha. Y en 1 Corintios 15, 24-26 él sitúa el triunfo en el futuro indefinido, el momento de la resurrección del justo: “Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad. Porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus

pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte”. Y enseguida añade (v.27): “Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies”.

El Cristo vencedor

Se puede hablar del triunfo de Cristo en pasado, porque de una vez por todas, a través de su vida, muerte y resurrección, Él ha conquistado la muerte y el pecado. Pero Él lo ha hecho sólo en la medida en que los hombres acepten su salvación y ésta norme su vida. Él ha conquistado al enemigo, quien ya no tiene ningún poder sobre alguien que es verdaderamente de Cristo. Pero los hombres podrán caer bajo este poder una y otra vez si deciden rechazar la gracia de Cristo. Por lo tanto, la vida de los cristianos en este mundo es una batalla, caracterizada tanto por las victorias como por las derrotas, y el triunfo final de Cristo es para el futuro, cuando se haya librado esta batalla hasta su conclusión.

Sobre esto ha escrito Juan. Para él, Cristo es el vencedor que “nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre” (1, 5-6); Él es “el Príncipe de los reyes de la tierra” (1, 5); “(Soy yo) el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades” (1, 18). Pero Cristo vive en Su Iglesia, como nos enseñó también Pablo, y por lo tanto, la victoria de Cristo será constantemente repetida en sus miembros. “A aquél que vence...” es la condición de Sus promesas a las iglesias (2, 8; 2, 11; 2, 17; 2, 26; 3, 5; 3,12; 3, 21). “Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida” (2, 10). Hasta que la obra de la Iglesia se haya cumplido, la victoria de Cristo no es completa. Para asegurar a sus lectores que esta victoria sería completa se escribió el Apocalipsis.

La profecía

Cuando todo se haya dicho y hecho, éste es el mensaje completo del Apocalipsis. Ciertamente, se incluyen algunos detalles de la victoria de la Iglesia, pero son relativamente pocos, y no hay nada preciso, sino más bien generalidades. El libro no trata de las diversas etapas o épocas de la Iglesia, por ejemplo, o de eras futuras claramente definidas. Pasado, presente y futuro están más bien unidos en una visión profética, así como Nuestro Señor unió la predicción de la destrucción de Jerusalén con Su descripción de los últimos días (Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21). Son, en efecto, uno; o más bien, son diversos aspectos de lo mismo. La destrucción de Jerusalén y del templo fue una prefiguración del triunfo final de Cristo, porque mediante éste, el antiguo orden, de hecho y como principio, fue eliminado de la escena, dejando a la

Iglesia libre e independiente en el mundo. El triunfo de Cristo en la Cruz es el principio de su conquista final de la muerte.

El malentendido

Enseñar estas cosas, repetimos, fue el propósito del Apocalipsis. No fue escrito para satisfacer la curiosidad frívola sobre el futuro. No fue escrito para contradecir las propias palabras de Nuestro Señor sobre los últimos días: “Mas de aquel día y hora nadie sabe nada, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (Mateo 24, 36). Y “porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor” (v. 42). No fue escrito para proporcionar un plano con el cual una persona ingeniosa pudiera trazar el curso y la suerte de los pueblos y las naciones hasta nuestros tiempos. (Es cierto que la gente ha abusado vergonzosamente del Apocalipsis por un sinnúmero de generaciones, e invariablemente ha encontrado que sus “revelaciones” se hacen realidad justo durante su época; parece ser más fácil adaptar la profecía al cómodo molde del pasado conocido que tener la misma seguridad sobre el futuro). Sobre todo, no fue escrito para asustarnos, para que perdamos la esperanza, sino para consolarnos y reafirmar la fe.

No somos tan optimistas como para pensar que cualquier cantidad de palabras sensatas sobre el Apocalipsis impedirán que hagan mal uso de él aquellos que han convertido este libro (o, más bien, su mala interpretación) en la esencia de su religión y vida. Durante demasiado tiempo ha despertado en las almas curiosas la emoción de la “adivinación sagrada”: hacen malabares con números y símbolos que no entienden en lo más mínimo, de manera que signifiquen lo que ellos quieren, y luego con toda seguridad presentan el resultado como la “palabra de Dios”. Durante demasiado tiempo ha sido una mina de oro para los lunáticos, los ociosos, los curiosos, para aquellos que se interesan más por los pecados del vecino que por los propios, y aquellos que con gran placer se sienten irremediamente “salvados” mientras que un sinnúmero de sus semejantes están irremediamente “perdidos”, como para que renuncien tranquilamente a ello. Probablemente hasta el fin de los tiempos, el Apocalipsis continuará siendo un texto “que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente – como también las demás Escrituras – para su propia perdición” (2 Pedro 3, 16).

¿Por qué el Apocalipsis?

Pero si esto es así – si el Apocalipsis ha estado sujeto a tantas malas interpretaciones, si no es realmente una visión detallada de la historia del mundo – ¿por qué fue escrito de esa manera? ¿Por qué todas esas imágenes y

símbolos? ¿Por qué era necesario presentar de esa forma lo que, después de todo, contienen básicamente los Evangelios y el resto del Nuevo Testamento?

Para contestar esto, necesitamos saber dos cosas. Primero, el estado de la Iglesia cuando se escribió el Apocalipsis. Segundo, cómo era su autor.

Las Epístolas Paulinas y los Evangelios, al igual que el Apocalipsis, ofrecen la primera respuesta. Las persecuciones, por las que Pablo tenía que consolar a sus lectores, habían comenzado a acosar a la Iglesia. De hecho, habían surgido persecuciones aún peores que las que Pablo había tenido que enfrentar. Ya no era cuestión de la discriminación de los judíos contra los cristianos, de pequeñas restricciones en el ámbito local, de una revuelta aislada en Éfeso, la paliza en Filipo o el tumulto en Jerusalén. Ahora todo el poder de un imperio vasto y bien organizado comenzaba a atacar al cristianismo. En los Hechos de los Apóstoles, el relato de Lucas indica que los romanos estaban más bien a favor que en contra de los cristianos, en contraste con su actitud hacia los judíos. Lo cierto es que no había habido hostilidad abierta de los romanos, como romanos, contra de los cristianos como cristianos. Si Félix mantuvo en prisión injustamente a Pablo, fue porque era un hombre corrupto, no porque fuera romano, y porque Pablo era una fuente potencial de ingresos, no porque él fuera cristiano. A Félix no le interesaba en lo absoluto el cristianismo como religión. Y así había sido por lo general. Pero ahora todo esto había cambiado.

Pablo había estado en prisión en Roma entre 61 y 63 A.D. Había sido liberado por falta de evidencia en su contra, y había sido apresado antes que nada por cargos presentados por su propia gente. Pero poco tiempo después de la liberación de Pablo, el desquiciado que gobernaba Roma con el nombre de Nerón, primero quemó Roma, según lo reconocen los historiadores romanos y luego usó a la comunidad cristiana de Roma como chivo expiatorio. La persecución comenzó. El propio Pablo fue perseguido y ejecutado en el año 67. Organizaban terribles espectáculos que han sido fielmente narrados por autores contemporáneos: el emperador degenerado festejando en un jardín iluminado por la luz que emitían los cristianos al arder aún vivos, el apetito de las turbas a las que distraían para que no se rebelaran ante sus propios infortunios con el espectáculo de los cristianos, aun más desdichados, que lanzaban a las bestias en el circo.

El terror de Nerón

Nerón – que durante su vida se nombró dios por decreto imperial – fue asesinado en el año 68, pero los problemas de la Iglesia apenas comenzaban. Le sucedieron los reinados de Vespasiano (81-96), Tito (79-81), y finalmente Domiciano (81-96), en quien reencarnó toda la perversidad de Nerón. La

presión contra los cristianos formada por el precedente creado bajo Nerón, las mentiras y calumnias difundidas contra ellos, por las que comúnmente eran llamados “el odio de la raza humana”, y su negativa a aceptar la deificación de los emperadores se convirtieron en un terror constante que continuaría incluso bajo los pocos Césares buenos del imperio decadente. Todo esto fue una nueva experiencia para los cristianos, para la cual ni siquiera los Evangelios los habían preparado. El hecho de que el mundo entero, personificado por el poder aplastante del imperio, se pusiera contra ellos para destruirlos, fue una experiencia aterradora.

En este ambiente tuvo Juan la visión, en el exilio bajo Domiciano “en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús” (1, 9). El Apocalipsis fue una revelación necesaria para confirmar y fortalecer la Iglesia naciente en un mundo de locura.

Esta es la mitad de la explicación del Apocalipsis. Pero, como dijimos anteriormente, la otra mitad tiene que ver con el propio Juan como persona.

Juan el Apóstol era judío. Su cultura, su educación, sus lecturas y sus procesos de pensamiento eran judíos. Esto es de extrema importancia para explicar el Apocalipsis. Cuando la palabra de Dios llegó a Juan, llegó a un hombre cuya mente y cuya alma habían sido condicionadas por la literatura, historia y tradición judías. La palabra de Dios no cambió a este hombre, sino que vino a través de él.

La apocalíptica judía

Si Juan no hubiera sido judío, seguramente el Apocalipsis habría tomado una forma diferente. Pero como judío, Juan contaba con un capital de tradiciones listas para usarse en el libro que debía escribir. Él tenía la tradición literaria ya establecida conocida como la Apocalíptica judía.

Es vital reconocer este hecho: el Apocalipsis de Juan es simplemente el último de una larga lista de textos apocalípticos que habían sido producidos en años anteriores en condiciones casi iguales y con fines muy similares. Es el último y es el de mayor importancia, pero no es único.

Cualquiera que esté familiarizado tanto con el Apocalipsis como con el Antiguo Testamento sabe que muchos de los sucesos descritos en el Apocalipsis han sido tomados, casi palabra por palabra, de los libros del Antiguo Testamento, principalmente de los de Ezequiel y Daniel. Palabras, oraciones, imágenes, símbolos, han sido libremente adaptados o tomados literalmente. Cuando uno lee el Apocalipsis en su lengua original y lo compara con la traducción griega del Antiguo Testamento que usaba Juan, impresiona

aun más el grado de dependencia del Apocalipsis en relación con el Antiguo Testamento. Ahora bien, todo esto no es casualidad.

Nabucodonosor

La apocalíptica judía surgió de una combinación de circunstancias en general muy parecidas a las que motivaron el escrito de Juan. En el año 587 a. C. la última de una larga lista de derrotas devastadoras destruyó para siempre la independencia judía. El vasto imperio babilonio, bajo el hombre que permanecería para siempre para los judíos como el símbolo de todo lo malvado de la tiranía, Nabucodonosor, destruyó la ciudad santa de Jerusalén y el templo, y transportó a los habitantes de esa tierra a Babilonia. Nunca jamás recuperarían plenamente su libertad, excepto durante el breve período del reino macabeo en siglo II a. C. Aunque bajo el imperio persa que destruyó a Babilonia se permitió a los judíos regresar a su patria, ya no volvieron como dueños y señores sino como súbditos de un príncipe extranjero. Al imperio persa sucedió el imperio griego de Alejandro Magno. Durante esa era los judíos no fueron perseguidos abiertamente, pero fueron objeto de una influencia más sutil con miras a destruir su fe. Alejandro había unido al mundo con un solo idioma, una sola cultura, y él esperaba, una sola religión, la cual era una amalgama de todos los cultos paganos. Entre los judíos existía una fuerte tendencia a amoldarse, a sumergirse en el nuevo estado del mundo que tenía tanto que ofrecer en cuanto a lo material. Sabemos por el libro de los macabeos y la literatura sapiencial, particularmente los libros como Sirácida y el libro de la Sabiduría de Salomón, que muchos judíos sucumbieron a esta tentación. Fueron los antepasados de los saduceos del Nuevo Testamento, aunque muchos de ellos fueron mucho más allá que los saduceos al adoptar costumbres extranjeras y avergonzarse de su judaísmo. Los judíos que permanecieron fieles a su ley y religión tenían tendencia a aislarse de la mayoría y a vivir su propia vida en un gueto espiritual.

El paganismo

En el año 168 a. C. el emperador greco-sirio Antíoco Epífanes IV, quien gobernaba entonces Siria y Palestina, provocó la crisis final al convertir el templo del Dios de Israel en un lugar de sacrificio pagano y erigir en él la imagen del Zeus del Olimpo. Ya desde el principio de su reinado en 175, inexorablemente había transformado en fuerza física la presión moral contra la fidelidad judía. Bajo pena de muerte, la circuncisión y la observación del Sábado habían sido prohibidas. Ayudado por judíos desleales, Antíoco

descargó contra la religión judía todo el poder inherente a un estado extremadamente secular.

Pero Antíoco se había excedido. Enardecida por la profanación del templo y el asesinato del sagrado sumo sacerdote Onías III, con la desesperación de quien se da cuenta de que no tiene nada que perder llegando al extremo de la revuelta, la rebelión de los macabeos se extendió por toda Palestina. Bajo el liderazgo de los macabeos, el venerable Matatías y sus vigorosos hijos Judas, Jonatán y Simón, una vez más el judaísmo demostró su poder para sobrevivir y conquistar. Pocos años después el templo fue nuevamente dedicado a Dios, Judea fue liberada y por un tiempo los judíos volvieron a ser independientes, habiendo desafiado exitosamente a un poder ante el cual se habían estremecido pueblos más numerosos.

Un pueblo dividido

Pero las semillas de la corrupción habían quedado demasiado bien sembradas. Los propios descendientes de los macabeos no tardaron en comportarse de manera más vergonzosa y depravada que el pagano Antíoco. De hecho, la última dinastía originaria de Israel se convirtió en pagana. Los reyes judíos ahora infligían a diario mayores injusticias que las que habían soportado por parte de los extranjeros. Los partidos rivales de los fariseos y los saduceos, que detestaban y admiraban respectivamente todo lo que no era judío, dividieron al pueblo con incesantes luchas, masacres y actos de corrupción civil y religiosa. En el año 63 a. C. los romanos se anexaron Judea sin oposición, y los judíos tuvieron que permanecer como súbditos incómodos de Roma durante todo el tiempo en el que se vivió y escribió el Nuevo Testamento. El resultado final sería la rebelión judía de 67-70 d. C. que concluyó con la destrucción definitiva del templo, y la segunda rebelión de 135 que puso fin al estado judío y dejó a Jerusalén por primera vez como una ciudad enteramente pagana.

Durante toda esta época de confusión, persecuciones, falta de fe y tentación de dejarse llevar por la desesperación, los judíos fieles acudieron a sus libros sagrados en busca de consuelo y esperanza. Se apoyaron particularmente en la clara promesa de Dios de proteger y salvar a su pueblo, y en la promesa del Mesías que sería un glorioso conquistador. Es cierto que tendían a interpretar las promesas del Señor en un sentido muy material y a pensar en un

Mesías principalmente en términos de alguien que acabara con la opresión de los gentiles, pero su tendencia en sí era acertada.

Sólo para judíos

Éste fue el origen de los escritos apocalípticos judíos. Tomando como modelo los escritos proféticos que más usó Juan, los autores judíos comenzaron a escribir. Sus escritos estaban enmascarados con una imaginería y un simbolismo que apelaban a su imaginación oriental y además hacían que los libros fueran inteligibles sólo para los judíos e ininteligibles a los ojos hostiles de los demás. Encontraron sus modelos principalmente en las predicciones de Ezequiel, quien ya había comenzado a usar estos recursos simbólicos para predecir la destrucción del imperio de Babilonia. Ciertas secciones de Isaías, que según los estudiosos modernos también fueron escritas en su forma actual durante la época de la opresión babilonia, también sirvieron como inicio de la apocalíptica. Por lo tanto, este estilo de escritura tenía claramente sus raíces en el Antiguo Testamento. Es más, el primero de los grandes textos apocalípticos de principio a fin es el Libro de Daniel, parte del Antiguo Testamento, del que ahora sabemos que fue escrito a partir de material anterior en la época misma de la persecución de Antíoco Epífanes.

Otros libros

Así como estos libros servirían para inspirar más tarde gran parte de la imaginería de Juan, de igual forma sucedió con la larga lista de textos apocalípticos judíos escritos en los dos siglos anteriores al nacimiento de Nuestro Señor. Entre estos libros, que de muchas formas se asemejan al Apocalipsis de Juan, se encuentran el *Libro de Henoc*, el *Apocalipsis de Moisés* o *Libro de Jubileos*, los *Oráculos sibilinos*, el *Testamento de los Doce Patriarcas*, la *Asunción de Moisés*, el *Apocalipsis de Baruc*, el llamado *Cuarto Libro de Esdras*, el *Apocalipsis de Abraham*, el *Apocalipsis de Moisés*, y otros. De hecho, algunos de estos libros se escribieron en la misma época en que Juan se encontraba en Patmos componiendo su Apocalipsis.

Hay muy poca influencia directa de estos apocalipsis judíos en Juan, aunque hay alguna. En lo que más se parecen es en su propósito común y su origen. Como obras literarias, todos son resultado de la literatura profética del Antiguo Testamento. Todos ellos, confiando en las promesas de Dios, predicen con toda seguridad un futuro glorioso y la exterminación de los enemigos del pueblo de Dios. Todos ellos fueron escritos para consolar y fortalecer la fe. Porque la fe cristiana también había comenzado a decaer ante la persecución romana, según deja claro Juan en los primeros capítulos de su Apocalipsis. Todos ellos se caracterizan por un complicado y amplio simbolismo, porque

Juan también era judío, con una cultura judía, y el simbolismo era tanto una parte de su proceso de pensamiento, como un recurso para hacer que su libro fuera ininteligible para lectores hostiles. Solo alguien que estuviera familiarizado con la tradición apocalíptica judía sabría cómo entender las referencias a “bestias,” “trompetas,” “el mar,” y otras similares, que ya tenían un significado establecido en el Antiguo Testamento.

Lo que hace a Juan tan diferente de los autores de los textos apocalípticos judíos es la realidad de la esperanza que él podía ofrecer a sus lectores, una esperanza que ya era una realidad, de hecho, en la obra de Cristo. Mientras que el judaísmo sólo podía mirar hacia un futuro incierto, Juan podía hablar de un triunfo glorioso que no sólo era inminente, sino que, de hecho, ya había sido alcanzado.

En el siguiente artículo veremos principalmente en qué son similares los Apocalipsis de Juan y los los textos apocalípticos judíos, particularmente en su uso de la imaginación y el simbolismo. Los artículos restantes tratarán de lo que es único en Juan, el glorioso reino del Cristo triunfante en Su Iglesia en la tierra y en el cielo.

II

LO QUE VIO JUAN

Al comenzar a tratar la cuestión del simbolismo del Apocalipsis, debemos aclarar algo desde el principio, y es que no pretendemos cuestionar ni siquiera por un momento la realidad de la visión de Juan. Juan es un profeta; tiene un mensaje auténtico de Dios. La enseñanza del Apocalipsis es verdadera y es un registro verdadero de la revelación dada a Juan.

Pero el Apocalipsis es un *registro* de revelaciones recibidas durante un periodo anterior que escribió posteriormente (1, 9 sig.). Probablemente Juan recibió estas revelaciones durante un período de tiempo considerable. Su organización en forma de libro, con un plan y unas formas de expresión específicas, es el trabajo del propio Juan por inspiración divina. La forma de escritura que él empleó, según se señalaba en el último artículo, era la apocalíptica judía.

Él mismo nos lo dice. Relata, por ejemplo, que vio “uno semejante al Hijo de hombre” (1, 13), que ante el trono celestial “*como* un mar de vidrio *semejante* al cristal” (4, 6), “vi, en pie, un Cordero, *como* inmolado” (5, 6), “vi también *como* un mar de cristal mezclado con fuego” (15, 2), y así sucesivamente. Si sumamos todos los “como,” los “como si” y los “semejante” del Apocalipsis encontraremos que constituyen una de sus características principales. En otras palabras, Juan no dice que él haya visto con sus propios ojos, un mar de cristal, o un Cordero inmolado, sino cosas que pueden ser simbolizadas con estas representaciones. Un comentador del Apocalipsis ha dicho atinadamente que este libro no fue tanto *visto* por su autor como *pensado* por él. Ha usado imágenes tomadas casi todas de la literatura anterior para expresar sus pensamientos revelados.

Este es un hecho importante que no debemos olvidar al leer el Apocalipsis. Veamos, por ejemplo, el pasaje en 5, 6 sig. Juan vio un Cordero *en pie*, pero como si estuviera *inmolado*. ¿Cómo puede estar en pie un cordero inmolado? En efecto, este cordero no parece estar inmolado, ya que “se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono” (v. 7). Este cordero también tiene siete cuernos y siete ojos. ¿Qué nos dice todo esto? ¿Que Juan realmente recibió la imagen de un animal tan extraño, que cumplía simultáneamente con las funciones contradictorias de la vida y la muerte? No, éstos son todos símbolos que transmiten pensamientos, no alucinaciones. El cordero simboliza a Jesús, quien en sentido real ha muerto, y sin embargo vive. Los siete cuernos simbolizan otra cosa, que es obvia para los lectores de Juan

debido al significado de “siete” y “cuerno” para cualquiera que esté familiarizado con el Antiguo Testamento. Los siete ojos simbolizan otra cosa, y en este caso, como el significado era menos obvio, Juan explica el simbolismo a sus lectores (v. 6). Y así sucesivamente. Entendemos cada simbolismo tal como se presenta, y nadie espera que lo veamos más que como símbolo.

El simbolismo

De nuevo, cuando Juan dice que el “uno semejante al hijo del hombre” a quien vio pronunció las palabras a las siete iglesias, como aparece en los capítulos 2 y 3, mientras “de su boca salía una espada de dos filos” (1, 16), ¿debemos preguntarnos si se sacó la espada antes de hablar o si simplemente habló (como si eso fuera posible) con ésta en su boca? Este “uno semejante al hijo del hombre” también tenía siete estrellas en su mano derecha (1, 16), la misma mano derecha que puso sobre Juan (1, 17). ¿Dejó primero a un lado las estrellas? ¿Y qué le sucedió a él, de pronto, cuando terminó su discurso?

Esto sería leer el Apocalipsis tontamente. La espada de dos filos simboliza la palabra de Dios, otra idea familiar del Antiguo Testamento. El simbolismo de las siete estrellas se explica en el contexto. Por lo general, una vez ha servido su propósito, el simbolismo se descarta.

Significado entendido

Sin embargo, a veces vemos intentos de explicaciones del Apocalipsis por parte de aquellos que han ignorado las repetidas advertencias de Juan de que todas estas imágenes son meros símbolos, que tratan de mostrarnos un dibujo del cordero con los siete cuernos y ojos, o de la bestia que “vi surgir del mar [una Bestia] que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos” (13, 1), o tratan de explicar cómo es posible abrir poco a poco un rollo de pergamino sellado con siete sellos sin romper todos los sellos a la vez (cap. 5) y así sucesivamente. Esto es leer el Apocalipsis de una forma muy, muy disparatada.

La mayoría de los símbolos de Juan, hemos dicho, están tomados del Antiguo Testamento. Es instructivo, sin embargo, comparar su Apocalipsis con los textos apocalípticos judíos para ver la similitud de sus métodos. En 1, 9 se dicen estrellas por ángeles, y en 9, 2 por un ángel caído. Igualmente en el *Libro de Henoc* las estrellas simbolizan ángeles caídos. Los textos apocalípticos judíos describen a los enemigos del judaísmo en términos de toda clase de bestias salvajes, precisamente como cuando Juan habla de los enemigos de la Iglesia, y ambos han tomado las figuras principalmente del capítulo séptimo de Daniel.

El *Cuarto Libro de Esdras* presenta al imperio romano como un águila con doce alas y tres cabezas. Juan usa otro simbolismo, que es muy similar.

El simbolismo es la propia esencia del estilo apocalíptico. Al igual que Juan, los textos judíos lo reiteran sin cesar. “Yo me acerqué a una gran casa, “dice el *Libro de Henoc*, “y las paredes de esta casa eran *como* un mosaico de cristal... el techo era *como* la vía láctea... estaba ardiendo *como* con fuego y era frío *como* la nieve”. Y en otro pasaje, bastante similar al de Juan: “Yo vi a uno que tenía una cabeza de días, y su cabeza era *como* lana blanca; y con él había otro cuya figura era *como* un hombre, y su figura era *como* uno de los santos ángeles”. Y así sucesivamente.

Números simbólicos

El simbolismo de los números es particularmente aparente en los textos apocalípticos judíos, al igual que en el de Juan. El número favorito es siete (siete ángeles, siete espíritus, siete montañas, etc., figuran en *Henoc*, los *Testamentos de los Doce Patriarcas*, y *Cuarto Esdras*); setenta, el múltiplo de siete, es casi tan frecuente (el capítulo nueve de Daniel dio a este número un significado apocalíptico especial). Cualquiera que haya leído el Apocalipsis sabe cómo figura en él el número siete. Hay siete cartas, siete sellos, siete copas, siete trompetas, obvios para todos. Una lectura más a fondo demuestra que hay siete signos (en cap. 12-21), siete bendiciones ocurren a lo largo del libro, y el nombre de Cristo aparece siete veces. Notarán que el número siete, que es el número judío de la plenitud, en Juan está dividido en grupos de cuatro más tres (por ejemplo, primero se abren cuatro sellos, luego los otros tres; las primeras cuatro trompetas suenan, luego las últimas tres; etc.). Multiplicando estos dos números tenemos doce, que es otro símbolo de plenitud. Doce, a su vez, es uno de los símbolos favoritos debido a las doce tribus de Israel.

Los textos judíos usan el doce para las épocas del mundo (*Cuarto Esdras*), los períodos de tribulación (*Henoc*), y otros casos parecidos. Juan lo usa especialmente en referencia al estado celestial de la Iglesia. Los veinticuatro ancianos que aparecen en todo el Apocalipsis simbolizan al elegido tanto de la antigua alianza como de la nueva. La Jerusalén celestial tiene doce puertas, divididas en cuatro series de tres (21, 12 sig.), y la muralla de la ciudad tiene doce basamentos. Sus medidas (v. 15 sig.) son todas múltiplos de doce. Al

igual que Juan, los textos apocalípticos judíos alternan los números tres y cuatro.

Lo que significan

Mientras que el siete y el doce representan plenitud y consumación, los períodos de tiempo o espacio indefinidos son simbolizados de diversas formas. “Mil años” es uno de esos números simbólicos, como en Juan 20:2, y con frecuencia en los textos judíos. Otro mecanismo es sencillamente usar la mitad de siete, como en 11: 9, y 12: 14 (así también en Daniel 7: 25 y 9: 27), o “la mitad de una semana (es decir, siete) de años,” “cuarenta y dos meses” (11: 2), es decir, “mil doscientos sesenta días” (v. 3).

Si siete es el número de la perfección, seis es el número de la imperfección, y por lo tanto, el número de la bestia de 13: 18 es simbólico de la mayor imperfección ya que es seis tres veces.

Aunque los textos apocalípticos judíos no bíblicos no son obra de hombres inspirados, y no tienen nada del carácter elevado de Juan, debemos, sin embargo, reconocer que pertenecen a una tradición literaria común. Por consiguiente, tienen muchas similitudes, por lo que el conocimiento de uno de ellos ayuda a interpretar el otro. De esta forma los apocalipsis del judaísmo son de mucha ayuda en relación con Juan. Una vez que aceptamos que Juan usaba símbolos reconocidos, que tenían, al menos en muchos casos, significados ya establecidos para sus lectores, hemos recorrido la mitad del camino para llegar a la comprensión del Apocalipsis.

“... Sobre alas de águila”

Nos resta, sin embargo, examinar mejor las ideas clave, expresadas simbólicamente, que Juan tomó del Antiguo Testamento.

Éxodo 19:4 cita las palabras de Dios a Israel: “Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí”. La misma idea se encuentra en Deuteronomio 32: 11. En 12: 14 Juan adopta esta imagen para mostrar la protección de Dios al nuevo Israel, la Iglesia, la que él transporta al desierto, como en el caso de Israel, para protegerla de sus enemigos. Igualmente en 21: 3 Juan dice: “Esta es la morada de Dios con los hombres”, es decir, la nueva morada en la Iglesia glorificada, que repite y completa su anterior morada en Israel según se relata en Levítico 26: 11 sig. Sin embargo, la fuente más cercana de esta idea para Juan es el libro que él ha usado extensamente, Ezequiel (37: 27 sig.): “Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy Yahveh, que santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para

siempre". Toda la preocupación de Juan es el destino de la Iglesia. Éste es el nuevo Israel, y así como Dios juró proteger su pueblo en la antigüedad, ahora sus promesas son válidas para los redimidos de Cristo. Así como predijo Ezequiel la nueva alianza entre Dios y el hombre según la cual Dios estaría con su pueblo para siempre, así Juan ve su culminación perfecta en la presencia de Dios en la Iglesia. Con tales promesas, dice Juan, ningún simple poder humano, ninguna persecución por feroz que sea, nos puede llevar a la desesperación. La Iglesia sobrevivirá y no sólo sobrevivirá, sino que vencerá. La victoria de Cristo está asegurada.

El Profeta Juan

Claramente, Juan se coloca a sí mismo entre los profetas por las muchas alusiones y citas que ha usado. Ese "uno semejante al Hijo del hombre" que aparece en la visión inaugural de 1: 13 está descrito en el lenguaje de las visiones de Daniel 10: 5 sig. y Ezequiel 1: 26 sig. En 10: 11 Juan escucha las palabras dichas a Jeremías (1, 10) al principio de su ministerio profético, luego de haberse comido el pergamino profético al igual que hizo Ezequiel (2: 8 sig.). Según hemos mencionado, los dos libros de Daniel y Ezequiel permean todo el Apocalipsis. La resurrección de los dos testigos en 11: 11 se describe en los términos de Ezequiel 37, y también (cf. 11: 4 sig.) como una reiteración de Zacarías 4: 11-14. Hay tantas alusiones a estos libros proféticos, que señalar alguna en particular sería darle una falsa importancia.

Babilonia

Sin embargo, un aspecto del Apocalipsis que merece mención especial por la importancia que tiene es la imagen de Babilonia. En el Apocalipsis, Babilonia representa al imperio romano pagano, al igual que Babilonia en 1 Pedro 5, 13 sin duda representa a Roma. Esta era una asociación puramente judía porque desde el cautiverio de Babilonia en el que Israel había sido aplastado y políticamente aniquilado, Babilonia se había convertido en un signo y símbolo de los enemigos del pueblo de Dios. El gran himno en el cual Juan en el cap. 18 con tono seguro predice el triunfo final de la Iglesia sobre el poder aplastante del estado pagano es por consecuencia un mosaico de citas de los oráculos proféticos de Isaías y Ezequiel.

Prácticamente no hay libro del Antiguo Testamento que Juan no haya usado, pero no usó estos libros sencillamente porque fueran los libros con los que estaba más familiarizado. En el Antiguo Testamento Juan reconoció la palabra inspirada de Dios que contiene verdades perennes que son válidas para todos los tiempos. Consecuentemente, al usarla, y al aplicarla a la situación de la Iglesia, da testimonio de su convicción de la unidad de la acción de Dios a

través de la historia. Lo que Dios había hecho antes para su pueblo, lo hará de nuevo, porque ésa es Su naturaleza.

Al mismo tiempo, Juan conoce la gran diferencia que se ha dado en el mundo por la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. El Antiguo Testamento ha sido cumplido en Jesucristo. Por lo tanto, vemos los cambios y modificaciones que Juan introduce en la imaginería del Antiguo Testamento, cambios y modificaciones dictados por la nueva y plena revelación de Cristo. Existe, dice Juan, una línea directa que conecta los tiempos del Antiguo Testamento con el Nuevo, pero esa conexión es a la vez una progresión, un desarrollo, una cosa aun más maravillosa.

“... Como una trompeta”

Pongamos un ejemplo para mostrar lo que esto significa. En el capítulo 4 Juan relata la visión del cielo que está evidentemente descrita en el lenguaje del primer capítulo de Ezequiel. Hay (v. 2) un trono “y Uno sentado en el trono”, así como en Ezequiel 1, 26 aparece “en forma de trono... y una figura de apariencia humana” (nótese cómo Ezequiel también usa el “como” apocalíptico). La voz “como voz de trompeta” (v. 1) nos recuerda Éxodo 19, 16, la aparición de Dios en el Sinaí, y sin duda, ésta también es una aparición divina. El trono es “semejante al jaspé y a la cornalina... semejante a la esmeralda” (v.3), mientras en Ezequiel 1, 26 era “como una piedra de zafiro”. Los “relámpagos y fragor y truenos, antorchas de fuego” (v.5) son de nuevo un eco de Éxodo 19, 16 y Ezequiel 1, 27. El “arcoiris” (v.3) aparece en Ezequiel 1, 28. “Era algo como el aspecto de la gloria de Yahveh”, dijo Ezequiel (1, 28). Y no hay duda de que Juan está hablando de lo mismo.

Cada uno tenía cuatro caras

Existen otros paralelos cercanos para recalcar este punto con más profundidad. Juan describe “en torno al trono, cuatro Vivientes llenos de ojos por delante y por detrás. El primer Viviente, como un león; el segundo Viviente, como un novillo; el tercer Viviente tiene un rostro como de hombre; el cuarto Viviente es como un águila en vuelo. Los cuatro Vivientes tienen cada uno seis alas, están llenos de ojos todo alrededor y por dentro” (4, 6-8). Evidentemente nos recuerda a Ezequiel 1, 4-10: “como una forma de cuatro seres cuyo aspecto era el siguiente: tenían forma humana. Tenían cada uno cuatro caras, y cuatro alas cada uno... En cuanto a la forma de sus caras, era una cara de hombre, y los cuatro tenían cara de león a la derecha, los cuatro tenían cara de toro a la izquierda, y los cuatro tenían cara de águila”. En Ezequiel los “ojos” de los que habla Juan estaban en las “ruedas” que acompañaban a los cuatro seres vivientes (1, 18). Tanto Ezequiel como Juan

hablan del “mar transparente semejante al cristal” (Apocalipsis 4, 6) que sostiene el trono celestial (Ezequiel 1, 22, 26). Y así sucesivamente.

Es evidente, entonces, que Juan había descrito su visión deliberadamente en términos de la visión celestial de Ezequiel, que él ha resumido y simplificado algunas veces aunque las ha mantenido básicamente idénticas. Sin embargo, también entran a escena algunos cambios significativos.

La visión de Ezequiel tuvo como punto de partida el esplendor de Dios entronizado en el templo de Jerusalén, a la sombra de las alas de los querubines, sobre el trono del Arca de la Alianza. En cambio Juan deliberadamente conecta su visión con el Antiguo Testamento, y nos dice también que ha habido un gran cambio.

La visión

En la visión de Juan, no en la de Ezequiel, hay veinticuatro ancianos con coronas que rodean el trono celestial (4, 10). Éstos, como es evidente en la lectura del Apocalipsis, representan los Santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, el simbólico número doce (las doce tribus, doce Apóstoles, etc.) duplicado. Éstos son aquellos que han “vencido,” según las palabras de los primeros capítulos del Apocalipsis. Por lo tanto, es significativo que sean ellos los que constituyen la primera gran diferencia entre Juan y Ezequiel. Ezequiel escribió en forma de expectativa, Juan escribe una realización.

Otra gran diferencia – por nombrar sólo una – ocurre en la continuación de la visión del quinto capítulo de Juan. “Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro Vivientes y de los Ancianos, un Cordero, como inmolado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra” (5, 6). Ahí está toda la diferencia del mundo entre el mensaje de Ezequiel y el mensaje de Juan, porque Juan revela el nombre del Cristo glorificado en el cielo.

El Libro de Henoc

El Cordero ya ha sido identificado como el Mesías, “el León de la tribu de Judá, el Retoño de David” (5, 5). La figura del Cordero en sí ha sido extraída de varias fuentes del Antiguo Testamento. El cordero *como degollado* está tomado de la profecía mesiánica de Isaías 53, 7, “como un cordero llevado al matadero”. Pero este cordero no es sólo un cordero degollado, es un cordero triunfante, *de pie*, con *cuernos*, es decir, con poder. Esta imagen ha sido tomada del *Libro de Henoc*, que describe al Mesías como un gran cordero con cuernos que lleva al triunfo al pueblo de Dios. La palabra griega usada para “cordero” tanto en Henoc como en Juan es la misma, y es diferente de la que usa Isaías.

Por lo tanto, Juan ha combinado dos ideas del Antiguo Testamento, el sufrimiento del Mesías y Su triunfo. Los siete ojos del Cordero provienen de Zacarías, de quien Juan ha tomado gran parte de su imaginaria. “Esos siete son los ojos de Yahveh: ellos recorren toda la tierra” (4, 10). Luego Juan especifica que los ojos son “los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra.” Porque ahora Dios no sólo gobierna y vigila toda la tierra, al igual que en el Antiguo Testamento, sino que lo hace de una manera mucho más espiritual, enviando al Espíritu del Padre y del Hijo.

Juan coloca a este Cordero “entre el trono y los cuatro Vivientes y ante los Ancianos” para que Él forme parte íntima del cielo, y para mostrar Su asociación con Dios y con el hombre. La muerte y triunfo de Jesucristo constituyen la enorme diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Esta es la forma en que se debe leer a Juan de manera consistente, de principio a fin. Hay una tremenda enseñanza en el Apocalipsis, una bella doctrina de fe y consuelo. Contiene verdadera profecía.

Las tradiciones

Pero sólo se puede entender a Juan teniendo estos datos esenciales en mente. Primero, según hemos visto, su obra está literalmente saturada de alusiones al Antiguo Testamento y éste deberá siempre ser nuestro punto de partida para interpretar el Apocalipsis. Segundo, él escribe según una tradición apocalíptica, la cual usaba temas convencionales con un simbolismo establecido y aceptado. Ignorar este dato, y la historia que se encuentra tras los escritos de Juan, sería como tratar de interpretar la Constitución de los Estados Unidos de América divorciada de toda la historia del país. Y finalmente, debemos buscar siempre las diferencias que Juan ha introducido en todas estas ideas del Antiguo Testamento y de la tradición, porque son la esencia de su mensaje. El Apocalipsis, al igual que todo el Nuevo Testamento, no se puede entender separado de la revelación cristiana de la Iglesia.

Si tenemos estos datos en mente, evitamos caer en las ideas fantásticas y descabelladas que tantos han querido comprobar tergiversando el Apocalipsis. Evitamos el peligro mayor, que ha sido señalado antes, de interpretar la imaginaria de Juan en un sentido material. Jesucristo es descrito a veces como un cordero, otras como el novio, o como el Hijo del Hombre, y todas son figuras que tienen su base en el Antiguo Testamento. Pero se trata de símbolos. Así como Jesucristo no es realmente un Cordero, tampoco “ciento cuarenta y cuatro mil” (7, 4) es un número preciso, sino un simbolismo. Refieren a una

realidad, como el Cordero refiere a una realidad, pero no debemos convertir en realidad un símbolo, sino lo que el símbolo significa.

Otro peligro importante que evitaremos si tomamos en cuenta estos datos es la tentación ya mencionada de satisfacer la curiosidad vulgar tratando de hacer del Apocalipsis un libro de sueños sobre el futuro, que da información precisa sobre sucesos históricos precisos. El Apocalipsis es profecía, pero su predicción es espiritual, no material.

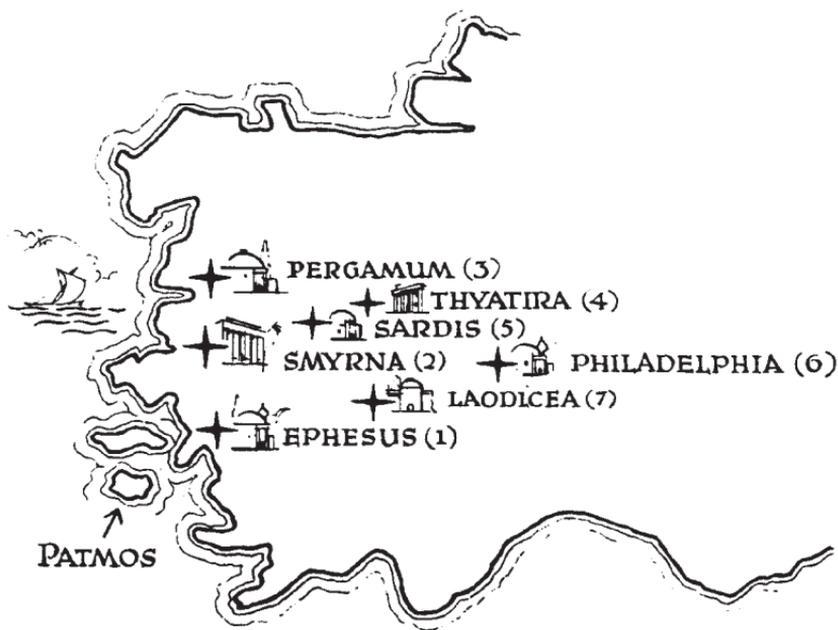
En los siguientes artículos trataremos de aplicar estos principios y de dar un breve resumen de la enseñanza del Apocalipsis. Para mayor practicidad, la dividiremos en las tres partes que comúnmente le asignan los intérpretes de la Biblia. Esto será útil siempre y cuando recordemos que esta división es sólo por practicidad. Ni Juan, ni el estilo apocalíptico que usó, estaban sujetos a divisiones tajantes. Ya veremos que todo el Apocalipsis está en cada una de sus partes. La división sólo indica ciertos puntos de énfasis.

III

LAS SIETE IGLESIAS

En los primeros tres capítulos del Apocalipsis encontramos el prólogo de Juan, la descripción de una visión inaugural y las cartas dirigidas a las “siete iglesias”. En cierto modo, estas cartas anticipan el mensaje entero del Apocalipsis, lo que, sin duda, era la idea.

¿Por qué las siete iglesias? El siete, como hemos visto, es el número judío de la plenitud. No hay duda de que por “las siete iglesias” Juan quiere decir la Iglesia universal, y de que al comenzar el libro con cartas dirigidas a las siete iglesias él indica que, como da testimonio el Apocalipsis, lo que se dice en su obra es para toda la Iglesia.



- | | |
|-----------|--------------|
| 1 Éfeso | 5 Sardes |
| 2 Esmirna | 6 Filadelfia |
| 3 Pérgamo | 7 Laodicea |
| 4 Tiatira | 8 Patmos |

Al mismo tiempo, Juan ha identificado cada una de las siete iglesias, las cuales no fueron simplemente escogidas al azar. Si miramos el mapa de Asia Menor (la Turquía moderna) de la página 24, y vemos dónde estaba Juan, en la isla de Patmos (1, 9), y notamos la localización en orden de las iglesias a las cuales estaban dirigidas las cartas de los capítulos 2-3, podemos tener una idea mejor de lo que Juan tenía en mente. Como vemos, comenzando con Éfeso, que era la ciudad principal de la provincia romana de Asia, él ha trazado un círculo que encierra las ciudades principales de esa misma provincia, en la cual, nos dice la tradición, pasó sus últimos años. Para él era natural dirigirse a las iglesias que conocía mejor al concebir un libro destinado a toda la Iglesia. Como veremos también, cada una de las iglesias que él escogió tiene sus propias características particulares que le permiten transmitir una parte del mensaje de Juan.

Juan comienza (1, 1-3) por expresar que su revelación le fue entregada por Jesucristo sobre cosas que *pronto* sucederían. Como lo hemos explicado ya, el resto del Apocalipsis deja claro cuáles son estas cosas, específicamente el triunfo de la Iglesia de Jesucristo ante la persecución. En el v.3 ocurre la primera de las siete “bienaventuranzas” (las otras están en 14, 13; 16, 15; 19, 9; 23, 7 y 23, 14) que se encuentran en diversas secciones de todo el libro. Una vez más, Juan resalta que está cerca el momento en que se cumpla esa revelación.

En 1, 4-8 Juan extiende un saludo a las “siete iglesias” con el mismo estilo con el que comienzan las Epístolas de Pablo. Podrá notarse que de todos los escritores del Nuevo Testamento, Juan es el que más retoma a Pablo: *gracia y paz a vosotros* es el saludo paulino usual, y él otorga el título *primogénito de entre los muertos* a Cristo en v.5 es de Colosenses 1, 18. Nótese que en los versículos 4-6 Juan menciona a la Santísima Trinidad, lo cual constituye también otro ejemplo de cómo usa “siete” para representar una sola completa unidad. El saludo es de *Aquél que es, que era y que va a venir*, o sea, de Dios Padre, la adaptación libre de Juan para los propósitos del Apocalipsis del título divino dado en Éxodo 3, 14, *de parte de los siete espíritus que están ante su trono*, que en 4, 5 y 5, 6 evidentemente significa el Espíritu Santo (la idea de “siete veces” está tomada de Isaías 11, 2); y de *Jesucristo* que nos hizo un *reino y sacerdotes*, es decir, que estableció una nueva alianza (“reino” y “sacerdotes” son las palabras usadas para Israel en Ezequiel 19, 6 y en el Salmo 114, 2).

“Alfa y Omega”

El lenguaje con el que sigue describiendo a Cristo expresa la doctrina central del Nuevo Testamento, la de la salvación, que Él forjó. En el v.7 hay

una combinación de alusiones a Marcos 13, 26 y sus similitudes, a Daniel 7, 13 y a Zacarías 12, 10 sig. “Yo soy el Alfa y el Omega”, cita Juan al Señor. Nosotros diríamos “yo soy la A y la Z,” es decir, el principio y el fin. Dios *es, era y está por venir*, permea toda la historia y todo está bajo Su control, porque Él es el *Todopoderoso*. He aquí un digno principio para el mensaje de Juan.

Antes de dirigirse a las iglesias, sin embargo, Juan describe una visión del Hijo del Hombre de quien es esta revelación. El material para esta descripción ha sido tomado mayormente del séptimo capítulo de Daniel y del primer capítulo de Ezequiel. Es instructivo leer estos capítulos, tanto para tener una idea de lo que significa la imaginería de Juan como para ver la forma en que él la ha alterado para adaptarla a su propio mensaje especial. Podríamos añadir que eso era lo que Juan quería que hiciéramos, o más bien, él escribía para quienes ya estaban familiarizados con estos pasajes del Antiguo Testamento y por lo tanto sabían cómo interpretar sus palabras. Nos lo demuestra el hecho de que Juan no se molesta en explicar esta imaginería ya familiar, pero cuando él presenta un *nuevo símbolo que no está en estas fuentes*, entonces sí explica su significado. Explica por ejemplo las siete estrellas y los siete candelabros en el versículo 20, porque son símbolos propios de Juan. Pero para el resto, el mejor comentario es el Antiguo Testamento.

Juan escribe a una Iglesia perseguida: *tribulación y paciencia en Jesús* (v.9) son dos de las expresiones favoritas de Pablo para el sufrimiento en nombre del Evangelio. Juan, compañero en esta persecución (la tradición nos dice que fue exiliado a la isla de Patmos bajo el Emperador Domiciano, 81-96 d. C.), estaba *en el espíritu*, o sea, que recibió una revelación divina, en domingo, posiblemente durante las ceremonias del culto. Él vio *uno como un hijo de hombre* (Daniel 7, 13) de pie en medio de lo que, según nos dice después, representa las siete iglesias, siete *candelabros de oro*. El Hijo de Hombre es, por supuesto, Cristo, vestido con la túnica talar de la realeza y ceñido con el ceñidor del sacerdocio (v.13). Su posición de pie en medio de los candelabros lo representa como el Señor de su Iglesia. Además, aparece con cabello blanco. Este detalle, también, proviene de Daniel 7, 9. El cabello blanco representa la eternidad; en Daniel era la calidad del “anciano de los días” (Dios), pero Juan, quien condensa la imagen que da Daniel, simplemente se lo atribuye al Hijo de Hombre, quien también es Dios. El resto de la descripción en vv. 14-15 está asimismo tomada de Daniel, pero de otra visión, la de 10, 5 sig. La voz *como voz de grandes aguas* es de Ezequiel 1, 24; 43, 2, etc. Las siete estrellas en la

mano derecha del Hijo del Hombre se explican más tarde, y la *espada aguda de dos filos* en su boca es un símbolo bastante común para la palabra de Dios.

Las siete iglesias

Así, Juan ha comunicado por medio de esta imaginería, que su revelación proviene del que es Dios y Hombre, el Mesías, el Redentor, quien es el Señor de la Historia y de su Iglesia. Y esto está confirmado por las palabras del Hijo del Hombre en los últimos versos de este primer capítulo. No se puede determinar si los *ángeles de las siete iglesias* simbolizan a los Obispos de las iglesias a quienes las cartas están dirigidas, lo cual es muy posible, o si sencillamente representan al ángel que Dios ha designado para velar por su Iglesia.

Al examinar las cartas a las iglesias en los dos capítulos siguientes, vemos que obedecen a un formato establecido. Tienen una introducción establecida, “Al ángel de la iglesia de – escribe...” Luego sigue el mensaje, dividido en dos partes, la primera de alabanza, la siguiente de censura. Al final, otro formato establecido dividido en dos partes: (a) “Aquél que tenga oídos...”; y (b) “El vencedor...” Otra característica del estilo de Juan, es que en las primeras tres cartas, la fórmula final (a) precede a (b), pero en las otras cuatro, (b) precede a (a). Como lo señalamos en un artículo anterior, la costumbre del estilo apocalíptico es dividir los siete en grupos de cuatro y tres. Usualmente Juan sigue el arreglo cuatro-tres y no tres-cuatro, como aquí. Así, en el capítulo 6, se rompen los primeros cuatro de los siete sellos, y luego los últimos tres. También en el capítulo 8, las primeras cuatro de las siete trompetas suenan juntas y luego las últimas tres.

Al tomar las cartas a las iglesias en conjunto, primero que nada, nos damos una mejor idea de lo que Juan trata de decir. Obviamente existen detalles en cada una de las cartas que pertenecen sólo a la iglesia a la cual está dirigida, y que son, por lo tanto, la razón por la que fue escogida. La revelación de Juan contiene alabanzas y reproches para los cristianos de su época. Al mismo tiempo, en todos los casos, la conclusión está dirigida a toda la Iglesia: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice *a las Iglesias*”. De modo similar, la promesa “al vencedor” es para todos los cristianos, ya que para todo aquel que sale triunfante de las pruebas de la persecución y sus tentaciones, la recompensa es la vida eterna. De ese modo las siete iglesias cumplen con su

simbolismo como representantes de la Iglesia universal, al tiempo que se dirige a cada una de ellas.

La espada de dos filos

Otra característica común de la forma establecida de las cartas es que en casi todos los casos el título que elige para Cristo es uno de los detalles de la visión original. Así, leemos *el que tiene las siete estrellas en su mano derecha*, etc. (2, 1), *el Primero y el Último*, etc. (v. 8), *el que tiene la espada aguda de dos filos* (v. 12), *cuyos ojos son como llama de fuego*, etc. (v. 18), dando todos los títulos, uno tras otro. Realmente, la única excepción se encuentra en 3, 7, la carta a la iglesia de Filadelfia, donde se refiere a *el Veraz* (una expresión para “Dios” frecuente en el Evangelio de Juan), *el que tiene la llave de la casa de David*, etc., una figura tomada de Isaías 22, 22 y seleccionada por el contenido particular de la carta a Filadelfia, sobre *la puerta abierta* (una expresión paulina). En 3, 14, la carta a la iglesia de Laodicea refiere en parte a un título de la visión inaugural, *el Testigo fiel*, y en parte a Proverbios 8, 22 y 1, 15-17, *Yahveh me creó, primicia de su camino*.

Para la Iglesia de Éfeso (2, 1-7) casi todo son alabanzas. Éfeso se ha conducido bien durante la persecución y ha producido mucho fruto de buenas obras, como podríamos esperar por la estima que Pablo le tenía a su iglesia. Ellos habían seguido el mandato de los Apóstoles de rechazar a los falsos maestros y no estaban cansados de servir a Dios. Sólo su caridad se había enfriado un poco. Existe, por lo tanto, el peligro de que Éfeso pierda su lugar prominente entre las iglesias de Dios. Sin embargo, el peligro parece ser remoto. Éfeso ha rechazado la herejía de los nicolaítas, que también se menciona en el v. 15 en relación con la iglesia de Pérgamo, y posiblemente en v. 24 (“las profundidades de Satanás”) con relación a la iglesia de Tiatira. No se nos dice con certeza cuál fue la enseñanza falsa de los nicolaítas, pero probablemente ésta era una de esas sectas que florecieron en Asia Menor, que Pablo había tenido que combatir principalmente en la carta a sus vecinos los colosenses, que también combate Juan en su Evangelio, es decir, las llamadas sectas gnósticas que enseñaban una clase superior de “sabiduría” que fue establecida en oposición al Evangelio.

“Árbol de la vida”

Al final de la carta a la Iglesia de Éfeso se encuentra la promesa que, como ya lo señalamos, está dirigida a todos los cristianos. El cristiano vencedor comerá del *árbol de la vida* que está en el *paraiso*. La alusión es a Génesis 2-3, la historia de la creación y la caída del hombre. La recompensa por una buena vida cristiana es el destino eterno perdido por el hombre al principio. Esta

promesa se repite con diferentes palabras al final de cada una de las cartas. En el v. 11 se dice que *el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda*. Por la literatura judía de esa época, sabemos que significa “condenación”. La muerte del cuerpo, es decir, la muerte física, era “la primera muerte,” por la que todos tenían que pasar; la muerte del alma, la condenación por la cual estaría muerto para todo aquello para lo que había sido creado, era la “segunda muerte”, que podía evitarse. Cristo usó esta misma figura en Mateo 10, 28. En 2, 17 al cristiano vencedor se le promete *el maná escondido y una piedra blanca* en la que está grabado *un nombre nuevo* que nadie conoce, sino el que lo recibe. Los judíos comúnmente hablaban del maná del Antiguo Testamento como el alimento que sería consumido por los elegidos del Mesías cuando Él viniera; por lo tanto, hasta ese momento estaba “escondido”, reservado. En el Evangelio de Juan, capítulo 6, el maná es visto como un símbolo de la Eucaristía y de vida eterna. El “nombre nuevo” conocido sólo por el que lo recibe es un tema que se repite en 3, 12 y 19, 12 así como en Juan 10, 3 sig., y es una alusión a Isaías 62, 2 que habla de la gloria del Israel restaurado: “y te llamarán con un nombre nuevo que la boca de Yahveh declarará”. De modo que esto también se refiere a la vida eterna. Existen varias interpretaciones de la “piedra blanca”. Algunos de los cultos paganos opuestos al cristianismo usaban piedras como distintivos; *blanco* en el Apocalipsis es siempre un signo de victoria y está particularmente asociado con la vida celestial; y éste era un símbolo bastante común de ese tiempo, ya que los romanos marcaban la victoria con una toga blanca y, de hecho, hablaban de un día de triunfo como “el que debe marcarse con una piedra blanca”.

De nuevo 2, 26-28 promete al cristiano vencedor una recompensa en el lenguaje de Salmos 2, un salmo del triunfo del Mesías. Este es el mismo triunfo que también Cristo recibió de su Padre (v. 28), conforme a la promesa repetida en todo el Evangelio de Juan. Está también asociada con *la estrella de la mañana*, una alusión a Isaías 14, 12 y otros pasajes que usan esta expresión para nombrar aquello que es exaltado y magnífico, y posiblemente también con Cristo como luz del mundo, tan común en el Evangelio de Juan. En 3, 5 la promesa es de *vestiduras blancas*, vida celestial, *el libro de la vida*, una antigua idea judía para expresar la vida eterna, que se encuentra en Éxodo 32, 32 y usa San Pablo; y Cristo *confesará su nombre* ante el Padre y sus ángeles, según lo prometido por el Señor en Mateo 10, 32. En 3, 12 el cristiano vencedor será un *pilar* (una expresión paulina, como en Gálatas 2, 9) *en el templo de Dios*, la Jerusalén celestial que es el tema de la parte final del Apocalipsis, y nuevamente se menciona el *nombre nuevo* revelado por Cristo a sus seguidores y que no les será quitado, como en Juan 17, 26. “Nombre” en el pensamiento semítico significa virtualmente la personalidad misma. “Morando en nombre

de Jesús” en el Evangelio de Juan significa “viviendo en Jesús”, es decir, compartiendo su vida. Finalmente, en 3, 21 se dice que el cristiano vencedor se sentará en el trono de Cristo en el cielo.

Por lo tanto, en todo momento hay un mensaje para todos los cristianos derivado de las manifestaciones particulares a cada una de las iglesias. A la Iglesia de Esmirna (2, 8-11) le va aun mejor que a la de Éfeso, porque todo lo que dice de ella es bueno. Ésta también sufre *tribulación*, persecución y pobreza material, aunque en la verdadera riqueza espiritual es rica (la misma idea se expresa en Lucas 12, 21). La Iglesia de Esmirna parece haber sido mayormente judía y haber sufrido la persecución de los propios judíos que habían rechazado el cristianismo. Juan dice que éstos últimos definitivamente no son verdaderos judíos, ya que el verdadero Israel es la Iglesia. En esto es fiel al pensamiento de Pablo en Romanos 2, 28 y 1Corintios 10, 18. Ellos van a sufrir mayores persecuciones, dice Juan, pero si permanecen fieles recibirán *la corona de vida* (virtualmente una cita de Santiago 1, 12). La persecución tendrá una duración de *diez días*. El número “diez” se usa en la apocalíptica judía generalmente como un número indefinido, y “días” por oposición a “años” significa un tiempo corto en vez de uno largo.

La iglesia de Pérgamo (2, 12-17) es alabada pero también condenada. Pérgamo es *donde está el trono de Satanás*; esto es probablemente una referencia al hecho de que Pérgamo era uno de los centros principales del culto al Emperador, donde César era adorado como un dios. Los cristianos de allí se habían mantenido firmes en la fe bajo persecución, incluso el martirio. Un mártir es señalado especialmente, Antipas, de quien no tenemos ninguna otra información. Pero algunos de los cristianos de Pérgamo habían transigido, así como los israelitas habían sucumbido a la falsa idolatría en las planicies de Moab (Nm 24, 3; 25, 2). Ellos se habían contaminado con los nicolaítas y sufrirían condenación, *con la espada de mi boca*, a menos que se arrepintieran.

Las Falsas Enseñanza

La iglesia de Tiatira (2, 18-29) también había dado motivo tanto para alabanza como para reproche. En general, ellos se habían mantenido fieles con sus buenas obras, pero algunos se habían dejado llevar por una falsa profetisa, a quien Juan llama Jezabel por la infame esposa de Ahab de Israel. Habían sido inducidos a fornicar, lo que puede significar eso mismo, o puede tener el sentido que tiene con frecuencia en el Antiguo Testamento, el de culto falso, idolatría; sugiere esto último lo que sigue, que los habían inducido *a comer carne inmolada a los ídolos*; Pablo había tenido que lanzar una advertencia en contra de esto en 1Corintios 8, 10, 14 sig. Esta “Jezabel,” dice Juan, será presa

de una enfermedad fatal (“voy a arrojarla al lecho del dolor”), y sus seguidores sufrirán la misma destrucción, ya que Cristo dará a cada uno *según vuestras obras* (v. 23). Esta enseñanza falsa también se conoce como *las profundidades de Satanás, como ellos dicen* (v. 24), lo que probablemente significa que sus seguidores llamaban a esta enseñanza “cosas profundas,” y es caracterizada por los verdaderos cristianos como “la enseñanza de Satanás”. Por lo tanto, era seguramente una forma de la enseñanza superior prometida por las sectas gnósticas. La mayoría de los cristianos de Tiatira no había caído presa de este mal.

La iglesia de Sardes (3, 1-6) recibe la censura más fuerte. Ésta es una iglesia que en general está espiritualmente muerta; aun quienes permanecen fieles están a punto de morir; tienen muy pocas buenas obras que mostrar. Por consiguiente, están en grave peligro del juicio de Cristo, quien vendrá como ladrón en la noche (1 Tesalonicenses 5, 2), inesperadamente. Sólo unos pocos miembros de la iglesia de Sardes caminarán con Cristo de *blanco*, es decir, participarán en su triunfo.

Un gran futuro

De la iglesia de Filadelfia (3, 7-13), por el contrario, sólo dice cosas buenas. Sufren grandes penurias, de nuevo aparentemente sujetos a la persecución de los judíos, pero han mantenido la fe. Por lo tanto, el Señor *ha abierto una puerta*, una expresión que aparece en Colosenses 4, 6, que significa que en el futuro algo bueno va a ocurrir inevitablemente. Aquí los de Filadelfia reciben dos promesas: primero, que sus perseguidores serán humillados; segundo, que ellos no sufrirán la gran tribulación que caerá sobre el mundo entero.

La carta a la iglesia de Laodicea (3, 14-22) es quizás la más famosa, por las líneas de los versículos 15-16. Laodicea recibe una censura general, aunque su caso no es irremediable. Aparentemente Juan ha tomado la figura de su alocución de las fuentes termales por las que era famosa Laodicea. Los laodiceos no son ni fríos ni calientes, dice el Apocalipsis, ni fieles ni sin fe. Deberán tomar la decisión de ser seguidores de Cristo con todo lo que esto implica o renunciar a ostentar el nombre de cristianos. En los versículos 17-18 el lenguaje del mensaje a Laodicea tiene cierto color local. La ciudad era famosa por su comercio, lo que probablemente está relacionado con la tibia de sus ciudadanos. El Señor ordena que compren *oro acrisolado al fuego*, lo que quiere decir oro puro, el oro de la riqueza espiritual, no la riqueza de esta tierra; sólo así podrán cubrirse con vestidos blancos. Compren de Él también *un colirio para que te des en los ojos*, continúa. En Laodicea había una escuela de medicina

famosa. El colirio para los ojos que necesitan los laodiceos, sin embargo, es espiritual, *para que recobren la vista*, con visión espiritual. Deberán reconocer en sus tribulaciones los esfuerzos del Señor para inducirlos al arrepentimiento. Él no dice que esos esfuerzos necesariamente hayan sido en vano.

El Antiguo Testamento

Habiendo así recorrido los primeros tres capítulos del Apocalipsis, tenemos realmente un panorama de la historia completa que se desarrollará en los capítulos subsiguientes. Bajo diferentes imágenes será revelado básicamente el mismo mensaje, no una sino varias veces. Hemos visto cómo en estos capítulos las diferentes partes están vinculadas por alusiones a lo que ya ha sucedido y lo que sucederá. Así es en todo el libro y corresponde perfectamente a la forma de escribir de los semíticos. Este texto es un claro ejemplo de lo que Juan quiere decir cuando habla de Dios como El que es, El que era y El que vendrá. Su apego a la tradición del Antiguo Testamento, su referencia a sucesos contemporáneos, su predicción del futuro cercano, todo contribuye a formar el estilo del Apocalipsis. Contiene un mensaje para los cristianos de la época de Juan, particularmente para los de las siete iglesias a las que se dirige, y sobre todo, contiene un mensaje eterno para toda la Iglesia a través de los siglos simbolizada por las siete iglesias.

En los dos artículos siguientes, seguiremos con algo más de rapidez el desarrollo de estos temas en los capítulos restantes del libro de Juan.

IV

LAS CALAMIDADES QUE SE APROXIMAN

Prácticamente todos los comentaradores del Apocalipsis coinciden en que después de las cartas introductorias a las siete iglesias (cap. 1-3), el cuerpo del Apocalipsis se divide en dos partes, la primera de las cuales está constituida por los capítulos del 4 al 11. Esta primera parte describe el futuro triunfo de Cristo y su Iglesia a partir de lo que podríamos llamar un punto de vista negativo, es decir que el énfasis está en el castigo de los enemigos de Dios. La sección que le sigue, la cual veremos en nuestro próximo artículo, es más positiva.

Las cartas a las siete iglesias realmente incluían brevemente todo lo que se encuentra en estas dos secciones principales. Pero mientras que las cartas se limitan a mencionar los hechos, en el cuerpo del Apocalipsis se describen en forma de visión profética.

Al igual que en las cartas, Juan comienza con una visión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta visión, sin embargo, tiene lugar, no en la Tierra, sino en el cielo, y está descrita con mucho más detalle.

Veamos primero la visión del Padre y del Espíritu (cap. 4). El material de la descripción de Juan está tomado principalmente del sexto capítulo de Isaías, del primer capítulo de Ezequiel, y del séptimo capítulo de Daniel. Si leemos estos pasajes del Antiguo Testamento, veremos que la descripción del trono celestial es de Ezequiel, las “criaturas vivientes” paradas alrededor de éste han sido descritas en términos tanto de Ezequiel como de Isaías, y ciertos detalles aquí y allá han sido tomados de Daniel. Tiene ciertos cambios: por ejemplo, Juan ha simplificado la visión de Ezequiel omitiendo las “ruedas” y, en su lugar, ha atribuido a las criaturas vivientes la omnipresencia de Dios simbolizada por los ojos “por delante y por detrás” (v. 6), que Ezequiel expresó con las ruedas. Además, ésta es una visión cristiana, no judía, y por lo tanto, presenta y explica al Espíritu Santo, al que llama una vez más “los siete espíritus de Dios” (v. 5).

Por lo tanto, se nos presenta una visión en la cual Juan es transportado al cielo y ve a Dios Padre en su trono celestial, en la presencia del Espíritu Santo, rodeado por criaturas simbólicas con las cuales estamos familiarizados por el Antiguo Testamento. Dios recibe la alabanza de todas sus criaturas, incluyendo los “veinticuatro ancianos” que están sentados alrededor de Él en veinticuatro tronos. Los tronos aparecen en Daniel. El hecho de que hay veinticuatro de ellos

en Juan es otra modificación necesaria en un Apocalipsis cristiano. Los ancianos representan los elegidos glorificados tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Incluso este simbolismo aparece como presagio en el Antiguo Testamento ya que en Isaías 24, 23 leemos “cuando reine Yahveh Sebaot en el monte Sión y en Jerusalén, y esté la Gloria en presencia de sus ancianos”.

El Cordero

La otra Persona divina, el Hijo, aparece en el capítulo 5 ahora simbolizado por un Cordero. Primero, a la derecha del Padre aparece *un libro, escrito por el anverso y el reverso*, sellado con siete sellos (ver Ezequiel 2, 9-10). Éste es el libro del futuro, como lo vemos enseguida, el cual no puede ser revelado por nadie excepto Dios mismo. Sólo el León de la Tribu de Judá, el Retoño de David, quien ha conquistado el pecado y la muerte, podrá abrir el libro y revelar su contenido.

Esto, por lo tanto, nos presenta al Cordero, “de pie, como inmolado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra” (v.6). El Cordero es una figura mesiánica que se reconoce en Isaías 53, y sus cuernos simbolizan el poder (El *Libro de Henoc* presenta al Mesías como un cordero con cuernos), y Él, también, al igual que el Padre, es el Autor del Espíritu de Dios (ver Juan 15, 26, etc.). Sólo Él puede abrir el libro, y con ese fin se dirigen a Él las oraciones de los santos (v. 8).

Es interesante ver cómo Juan visualiza la Iglesia glorificada en el cielo y la Iglesia en la tierra como esencialmente una y la misma. Esto, por supuesto, es una enseñanza que aparece con frecuencia en el Nuevo Testamento. Las “copas de oro llenas de perfumes”, que son las oraciones de los santos, son ofrecidas a Dios por los veinticuatro ancianos. Los “santos” son los miembros de la Iglesia en la tierra, como los suele llamar Pablo; él tomó el término del Antiguo Testamento, que se refiere a los israelitas fieles como los santos de Dios. Esta unión de oraciones entre la Iglesia de la tierra y la del cielo es lo que se conoce en la enseñanza católica como “la comunión de los santos,” y esta imagen del Apocalipsis es una evidencia temprana de la creencia tradicional cristiana de que los santos en el cielo pueden recibir las oraciones de los fieles en la tierra y transmitírselas a Dios.

Hijo de Dios

El Hijo, también, es honrado por todas las criaturas de Dios, las “criaturas vivientes”, los ancianos, los ángeles, y finalmente “toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos” (v. 13). Ésta es la imagen del Hijo de Dios glorificado situado por encima de todas las

criaturas, que nos es familiar por las Epístolas a los Hebreos, Colosenses, Efesios, etc.

Todo esto ha sido una preparación para el comienzo de la revelación simbolizada por la apertura de los siete sellos. Debemos fijarnos en el esquema que sigue Juan durante los seis capítulos siguientes. Los primeros cuatro sellos serán abiertos de una sola vez, y juntos formarán un cuadro. Luego se abrirán el quinto y sexto sellos, formando juntos un cuadro. Luego habrá un material intermedio que conducirá finalmente a la apertura del séptimo sello. El séptimo sello, a su vez, es realmente la introducción a las siete trompetas que vienen después. Las siete trompetas más o menos repiten la revelación de los siete sellos, aunque la presentan más bien desde el punto de vista de Dios. De nuevo sigue el mismo esquema. Primero sonarán cuatro trompetas, dando una impresión de unidad. Luego la quinta y sexta trompeta juntas dando una sola impresión. Luego, viene otra serie de visiones intermedias, que conducen finalmente hasta la última de las trompetas.

Al seguir este esquema complicado y repetitivo, Juan conserva la unidad de su obra, vincula las diferentes partes y al mismo tiempo desarrolla sus temas. El desarrollo, sin embargo, no tiene un estilo estrictamente lógico como el que nos es familiar en la escritura occidental. Es, más bien, producto de la mentalidad semítica, que recorre el panorama una y otra vez (puesto que las siete cartas, los siete sellos y las siete trompetas dicen esencialmente lo mismo), dando énfasis cada vez a uno de los aspectos del conjunto. Es el estilo en el que están escritos los libros proféticos del Antiguo Testamento. Olvidar eso, y tratar de interpretar el Apocalipsis como si hubiese sido escrito por uno de nosotros, es otra de las razones por las que con frecuencia se malinterpreta este libro.

Los primeros cuatro sellos (6, 1-8) están unidos por su imagen común, “los cuatro jinetes del Apocalipsis”. Esta visión proviene de Zacarías 6, 1-5. Los cuatro jinetes juntos representan la guerra, la discordia, la peste y la muerte, y por lo tanto, son una representación gráfica de la descripción de los últimos tiempos que da Nuestro Señor mismo en Mateo 24, 6-8, donde Él dice: “Oiréis también hablar de guerras y rumores de guerras... se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá en diversos lugares hambre y terremotos. Todo esto será el comienzo de los dolores”. Por consiguiente, el primer jinete monta un caballo blanco (victoria), usando una corona (victoria), dirigiéndose hacia la conquista. El segundo caballo es rojo, el color de la sangre. El tercer caballo es negro, porque simboliza la peste. En relación con esto, Juan oye hablar de precios de hambre: “Un cuarto de trigo por un denario” (el denario era el salario de un día); “no causes daño al aceite y al vino” (v. 6), es decir, una persona común no podrá comprar aceite ni vino, y sólo podrá obtener

cebada y trigo a precios exorbitantes. El cuarto jinete es la muerte, en un caballo del color de la muerte.

El momento señalado por Dios

Los dos sellos siguientes van juntos. La apertura del quinto sello revela a los mártires, de pie ante el altar celestial de Dios, pidiendo venganza. Se les dice, sin embargo, que ellos deberán esperar el momento señalado por Dios (6, 9-11). Esto ayuda a explicar el propósito de las cosas horribles que se predicen para la tierra. Un aspecto del juicio de Dios es el castigo de los injustos. La recompensa de los justos es sólo el otro aspecto. Esto explica el sexto sello, la revelación del día de la ira de Dios (6, 12-17). Esta descripción está tomada casi palabra por palabra de varias fuentes bíblicas diferentes. El terremoto (Mateo 24), el sol negro y la luna convertida en sangre (Joel 2, 31), las estrellas que caen de los cielos como los higos de una higuera (Isaías 34, 4), el cielo replegado como un pergamino que se enrolla (Isaías 34, 4), los gobernantes de la tierra escondiéndose (Isaías 2, 10), pidiendo a las rocas y montañas que caigan sobre ellos (Oseas 10, 8), son todas imágenes comunes para representar el fin del orden presente.

El sello de los vivos

La continuación natural sería una descripción del triunfo celestial de la Iglesia, y Juan tiene una versión corta de este episodio al final de las siete trompetas que vienen después. Pero el autor aún está lejos de llegar a este punto. Volverá a recorrer todo el proceso una vez más en la serie de las siete trompetas, para dar a conocer otro aspecto de su mensaje.

E incluso antes de llegar a este punto, el capítulo 7 contiene una serie de visiones intermedias que llevan a la apertura del séptimo sello y lo prolongan dramáticamente. Primero, en 7, 1-8 está la imagen de *los 144,000 sellados con el sello del Dios vivo*. La introducción es “cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetan los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara el viento ni sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre ningún árbol”, quienes, en otras palabras, son símbolos del poder de Dios sobre toda la tierra, y reciben de otro ángel, el mensajero de Dios, la orden de no hacerle daño a la tierra hasta que Sus elegidos hayan sido escogidos. Estos ángeles, de nuevo, son de la imaginiería de Zacarías 6, 1-8, otra aplicación del mismo texto que Juan ha usado anteriormente. La destrucción con la que amenaza no ha de desencadenarse hasta que Dios haya determinado el número de quienes habrán de salvarse. Estos se designan con el número simbólico 144,000 que es el número “celestial” de la perfección: 12 veces mil, multiplicado una vez más por 12, por el número de las tribus israelitas. Sin embargo, las tribus no aparecen exactamente igual que en el Antiguo Testamento, ya que no había ninguna tribu llamada José. Éstas

también, son simbólicas y representan a los escogidos de Dios; por lo tanto no se limitan a los cristianos judíos. Son la Iglesia en la tierra que vivirá hasta los últimos días.

Inmediatamente después está la imagen que corresponde (7, 9-12), la de la Iglesia triunfante en el cielo, la de aquellos que han triunfado sobre la persecución. Esa es la explicación que da de esta visión uno de los ancianos (vv. 13-17), en un lenguaje tomado de varias fuentes del Antiguo Testamento, incluyendo Ezequiel 34, 23, Isaías 49, 10, e Isaías 25, 8. Aquí viene la apertura del séptimo sello (8, 1), que es, a su vez, la visión de las siete trompetas.

Las siete trompetas recorren el camino de los siete sellos, pero no son una simple repetición. En esta serie de visiones hay un mayor sentido de urgencia, una mejor perspectiva de la perfección del plan divino y una insistencia más viva en que Dios controla totalmente los destinos del futuro. Al igual que con los siete sellos (5, 8-10), antes de que comiencen las trompetas hay una visión preliminar sobre el papel de las oraciones de los santos que tienen el poder de obtener la intervención de Dios en la historia (8, 2-5), descrita casi en los mismos términos.

Las trompetas

Las primeras cuatro trompetas (vv. 6-12) han sido unidas, al igual que los primeros cuatro sellos. Una vez más la imaginería es similar: truenos, terremotos, sangre y demás. La figura de la trompeta aparece en San Pablo, en la apocalíptica primera carta a los Tesalonicenses 4, 16. La fuente del Antiguo Testamento a la que más recurre Juan para su descripción de las cosas por venir es el décimo capítulo del Éxodo, la historia de las plagas de Egipto. Al igual que en ese texto, tenemos aquí granizo (primera trompeta), agua que se convierte en sangre (segunda trompeta), junto con una imagen que ha sido usada antes, las estrellas que caen del cielo, y el cambio del sol y la luna (cuarta trompeta), y otra que ha sido tomada de Jeremías 9, 15, el agua convertida en ajeno (tercera trompeta). Cada una de las trompetas tiene que ver con la destrucción de una “tercera parte” de algo, o sea, una gran parte.

Después de esto un verso final (8, 13) presenta las tres “calamidades” que son sinónimo de las últimas tres trompetas.

De nuevo, hay un paralelo con los sellos, y la quinta y sexta trompetas están relacionadas y separadas de la séptima por una serie de visiones intermedias. La relación entre la quinta y la sexta trompeta es la fuente común del Antiguo Testamento que ha servido de modelo, los primeros dos capítulos de Joel. Además, existe una progresión, en la cual la quinta trompeta predice un castigo que hace daño pero no mata, mientras que la sexta causa destrucción. Las

langostas (9, 1-12) y los jinetes (9, 13-21) por lo tanto representan una situación cada vez peor que es parte de la venida de los últimos tiempos.

Las invasiones romanas

En estas dos visiones Juan también presenta algunos de los temas que tratará más extensamente en la segunda parte del Apocalipsis. El responsable de la plaga de las langostas es Satanás, la estrella caída del cielo (9, 1). Él no tiene poder sobre los escogidos de Dios (v. 4), de hecho, sólo lo tiene sobre aquella parte de la humanidad que ha rechazado a Dios. La descripción de los jinetes dice que los contenían los ángeles de Dios, quienes luego los soltaron junto al río Éufrates en números enormes (9, 16). Juan describe una invasión así en los términos que entendían sus contemporáneos. La principal amenaza a la ley y el orden representados por el imperio romano en la época de Juan era el imperio parto, al este del Éufrates. Estas invasiones de nuevo destruyen “la tercera parte” de la humanidad y ahora nos dice por qué Dios permitía esas cosas, para que por medio de ellas Él pudiera llevar al arrepentimiento a un mundo malvado (vv. 20-21); pero todo es en vano.

Los ángeles de Dios

La primera de las visiones intermedias antes de la séptima trompeta está dominada por un ángel descrito en los términos de las visiones del Hijo de Hombre y del Uno sentado en el trono (1, 12 sig. y 4, 1 sig.). Él, por lo tanto, representa a Cristo y a Dios. Él también tiene un libro, pequeño, y tiene un pie sobre el mar y el otro sobre la tierra (10, 1-2). Esta imagen se basa en gran medida en la de Daniel 12, 7, aunque Juan la ha modificado. El ángel, por lo que representa, domina tanto el cielo como la tierra, o sea, todo el mundo. Grita con una voz de siete truenos, palabras que Juan tiene prohibido escribir (10, 3-4); por lo tanto, a Juan no se le permitió darnos parte de su revelación. Sin embargo, habiendo jurado solemnemente revelar y consumir sin dilación el último fin (vv. 5-7), el ángel entrega a Juan el librito que tenía, y Juan se lo come (vv. 8-11). Esta última escena está tomada de Ezequiel 2, 8 - 3, 3. El librito se describe como pequeño en relación con el gran libro de los siete sellos, porque ésta es la porción de Juan, es decir, la revelación que recibió para darla a conocer. En su boca es dulce, pero en su estómago amargo. También lo dice así Ezequiel. Es agradable recibir la palabra de Dios, pero con frecuencia es desagradable cumplirla.

Esta escena cambia abruptamente. A Juan se le pide que mida el Templo de Dios (11, 1). Decimos templo “de Dios” puesto que no existía otro en el tiempo en que Juan escribía, y la perspectiva del Apocalipsis se desplaza sin cesar entre el cielo y la tierra. Sin embargo, posiblemente se refiere al templo de

Jerusalén, ya que de cualquier forma esta imagen proviene de Ezequiel 40, 3. El templo, sin embargo, representa a la Iglesia. Midiéndolo se da cuenta Juan la necesidad que tiene la Iglesia de salvación. Fuera del templo está la provincia de los gentiles sin Dios, quienes pisotearán la Ciudad Santa “cuarenta y dos meses” (11, 2). Estos cuarenta y dos meses, también llamados en otros pasajes del Apocalipsis tres años y medio, un tiempo, tiempo y medio, y mil doscientos sesenta días, están tomados de Daniel 7, 25 y 12, 7. Este número, la mitad de siete años, representa el período de las aflicciones de la Iglesia en la tierra, en otras palabras, el período de tiempo que la separa de la gloriosa vindicación de Cristo. Este número también está basado en la historia, ya que es el periodo aproximado que duró la persecución de Israel bajo Antíoco Epífanes (168-175 a. C.), en la época de los macabeos.

Durante este tiempo, por lo tanto, Dios dice a Juan que sus *dos testigos* profetizarían (11, 3). Estos dos testigos, cuando son llamados *olivos y candeleros* (v. 4) están descritos en los términos de Zacarías 4, 1-3, 11-14 y luego en 11, 5-6 aparecen con las características de los profetas Moisés y Elías (ver Números 16, 35, 1 Reyes 1,10, 1 Reyes 17, 1, etc.). Representan, por lo tanto, los testigos fieles de Dios en la Iglesia, quienes testificarán ante Dios durante toda la vida de la Iglesia en la tierra. Cuando este periodo se haya cumplido caerán bajo la ira de la bestia del abismo (11, 7). Esta bestia aparecerá en la segunda parte del Apocalipsis.

El triunfo celestial

Juan nos ha dicho, por lo tanto, que la Iglesia, cuyo destino es sufrir la persecución de este mundo, no obstante continuará en todo momento dando fiel testimonio de la verdad. Aun cuando la bestia haya matado a los testigos (v. 7 por 1 Daniel 7,3 sig.), con la aprobación de los pueblos sin Dios que crucificaron al Salvador (v. 8 referente a Is 1, 10, etc.) y les negaron la sepultura, infligiéndoles la mayor afrenta concebible (v. 9 sig.), Dios los vindicará. En 11, 11-13, la resurrección y ascensión de los testigos es descrita en un lenguaje que nos recuerda la visión de Ezequiel 37, y la ascensión de Elías en 2 Reyes 2, 11, después de “tres días y medio,” es decir, una fracción mínima de tiempo en relación con su período de testimonio, un día por cada año. La vindicación y triunfo de la Iglesia coinciden con la confusión de sus enemigos y la conversión de muchos (vv. 13-14).

Y de ese modo llegamos a la séptima y última trompeta, la imagen del triunfo de la Iglesia, cuando “el reinado del mundo se haya convertido en el reinado de nuestro Señor y de su Cristo” (vv. 15-19). El cántico de triunfo

celestial se basa en el Salmo 2, y hay una repetición del trueno, el granizo y otras señales que han aparecido antes.

Juan bien pudo haber terminado aquí, pero tiene más que decir. En su segunda parte, la cual veremos en el próximo artículo, trata más del aspecto positivo, de la propia Iglesia, y no ya del castigo de los enemigos de la Iglesia, como en la sección anterior. El juicio de Dios tiene ambos elementos, que son inseparables. Es imposible recompensar el bien sin castigar el mal.

La liberación

¿Cuándo sucederán estas cosas? Juan ya nos lo dijo al comienzo de este libro: “pronto”. Y de cierto modo, todas estas cosas ya han sucedido, aunque de otra forma, están aún por suceder. El triunfo de la Iglesia es algo perenne. Cuando no parece existir la menor probabilidad de que prevalezca sobre el poder del mal, su liberación ya está asegurada. Triunfaría sobre el imperio romano, que era su enemigo más poderoso en los tiempos de Juan. Desde entonces ha triunfado una y otra vez. Triunfará sobre sus enemigos de nuestros días, y así, sucesivamente, hasta la vindicación final y la glorificación que sucederá en el cielo.

Como ya lo hemos visto, es fundamentalmente erróneo tratar de extraer del Apocalipsis una proyección al futuro de profecías detalladas de fechas y años. Juan daba voz a su fe con base en las palabras de nuestro Señor y de la Biblia. Sus números e imágenes son simbólicos. Él no sabía más de lo que sabemos nosotros precisamente cuándo llegaría el triunfo final, con la gloriosa venida del Señor. Sabía, como lo sabemos nosotros, que vendrá con toda certeza.

El Apocalipsis repite los mismos temas una y otra vez. Es el producto de muchas visiones separadas que Juan ha descrito siguiendo un complicado e intrincado esquema. Así vemos a veces un aspecto y a veces otro de la misma enseñanza general. Pero así como el Señor es eterno, como el Hijo del Hombre está por siempre en el cielo y en la tierra reinando en Su Iglesia, como el cordero está degollado y a la vez de pie triunfante, desde esta misma perspectiva debemos tomar las visiones del Apocalipsis. Relatan verdades que son aplicables a todos los tiempos. Los “dos testigos” son los siervos fieles de Cristo en cada generación; no están confinados a ningún período en particular. Están con nosotros hoy al igual que estaban con Juan. Se les ha quitado la vida en nuestra época como en la de Juan. Y así como ellos “pronto” serían levantados en triunfo en la época misma de Juan, así se levantarán en nuestro tiempo.

V

LA MUJER VESTIDA DE SOL

En la segunda parte principal del Apocalipsis, capítulos 12-19, Juan se separa de los textos apocalípticos judíos. No es que él dejara de depender del Antiguo Testamento o de la tradición literaria apocalíptica judía – por el contrario, esta segunda parte contiene más alusiones al Antiguo Testamento que la primera – pero en esta sección él habla de cosas que el Antiguo Testamento no podía saber. Mientras que en la primera sección habla en términos más o menos generales sobre catástrofes y otros aspectos del juicio de Dios, en esta sección tenemos una descripción muy detallada del papel de la Iglesia. Es la Iglesia, la culminación de la aspiración del Antiguo Testamento, la que marca la diferencia entre un Apocalipsis judío y uno cristiano.

De nuevo, Juan comienza esta sección con una serie de visiones preparatorias. En esta ocasión, sin embargo, no hay presentación de la Trinidad celestial. Más bien, nos presenta con una serie de “signos” los “miembros del elenco,” por así decirlo, quienes serán el tema de las siguientes revelaciones.

El primer signo es “una mujer vestida de sol; con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza”. Como podemos ver por la descripción completa de esta mujer (12, 1-2, 5-6), ella es tanto la Iglesia como la Madre del Mesías. Presenta a la Iglesia a la vez glorificada y en su período de prueba. El *sol*, la *luna*, y las *estrellas* son figuras posiblemente sugeridas por Génesis 37, 9, en la historia de José, quien es una prefiguración del Mesías; la escena tiene la intención, en todo momento, de mostrar la gloria de la Iglesia. La referencia en el v. 2 es una paráfrasis de Miqueas 4, 10, donde la hija de Sión, es decir, la Jerusalén terrena, que es la prefiguración de la Jerusalén celestial, está sufriendo antes de que el Señor la salve de Babilonia. La criatura a la que la mujer da a luz en el v. 5 es, sin duda, Jesús, según se describe en el lenguaje mesiánico de Salmos 2, 9. La mujer tiene otros hijos (v. 17), quienes, como veremos, son los cristianos. Esta es la enseñanza de Pablo sobre Cristo “el primogénito de muchos hermanos”, nuestro Salvador que nos ha permitido participar de Su vida. Finalmente, la mujer se refugia en el desierto (posiblemente Juan está pensando en la época en que Dios protegió a Israel en el desierto) durante *mil doscientos sesenta días*, lo cual, como ya hemos visto, es el período de la vida de la Iglesia en la tierra.

El segundo signo (vv. 3-4) es el dragón, que se identifica de inmediato como Satanás. Se describe en términos de la bestia que veremos en un momento (descripción de Daniel 7, 7), y *su cola arrastra la tercera parte de las*

estrellas del cielo (Daniel 8, 10), es decir, encabeza el gran número de ángeles caídos. Aquí, entonces, tenemos a los dos antagonistas principales para las almas de los hombres.

“Las alas de águila”

En los versículos 7-12 esta batalla perenne se describe en términos de una lucha de Miguel y sus ángeles (ver Daniel 10, 13) contra el demonio y sus ángeles, y la victoria ha sido prometida a quienes son hermanos de Cristo y creen en Él. En los versículos 13-17 se repite la figura de la enemistad entre Satanás y el Hijo de la mujer. Aquí se dice que a ella se le dieron *las dos alas del águila grande*, una figura que representa la protección divina en el Antiguo Testamento (Éxodo 19, 4, etc.).

Aún quedan otras personas por presentar. Antes de que las veamos, debemos señalar que en el v. 15 se dice que el dragón, que también se identifica con la serpiente de Génesis 3, trata de destruir a la mujer con agua. De igual modo, en el v. 18, él *estaba en pie sobre la arena del mar*. E inmediatamente después, veremos *surgir del mar una Bestia*.

Por lo general, el Apocalipsis se refiere tanto *a la tierra como al mar* como malditos (por eso el v. 12): son “este mundo” que no tiene participación en Cristo. Por lo tanto, muy apropiadamente, en el capítulo 13 hay dos bestias enemigas, una de la tierra y otra del mar. Pero en el v. 16 la tierra se opone al agua para ayudar a la mujer. Cuando tierra y mar están así opuestos, Juan alude a una antigua idea que aparece una y otra vez en el Antiguo Testamento y que está incluida en el relato de acción del primer capítulo del Génesis. El agua significa caos, del cual Dios sacó la tierra, y ésta es, por lo tanto, el símbolo del orden correcto que Él estableció.

La bestia del mar que actúa con el poder de Satanás es seguida por los hombres de esta tierra (13, 1-4). Esta descripción y la bestia de la tierra constituyen un resumen del relato de Daniel 7, 1-8. Daniel habló de cuatro bestias, que simbolizan los cuatro grandes imperios que persiguieron a los judíos. Juan se refiere al único gran imperio que persigue a los cristianos, es decir, Roma. Pero él habla de dos bestias para presentar el doble aspecto de esta persecución, que es tanto política como religiosa.

La bestia del mar, por lo tanto, es propiamente un símbolo del imperio romano, que en la época de Juan era la personificación del anticristo, el poder del mundo opuesto al reino de Cristo. Esto no significa, por supuesto, que el significado de lo que Juan reveló abarcara sólo a Roma. Esta bestia ejercerá su poder durante cuarenta y dos meses, (v. 5), es decir, toda la vida de la Iglesia

en la tierra. Siempre, en todas las épocas, existirá este poder mundano – “este mundo” – que tratará de tomar el lugar de Cristo. Juan simplemente lo ha descrito con la forma que tomó en su época.

Conforme a esto, los cuernos y las cabezas tienen un significado que veremos en un momento, al igual que la referencia (v. 3) a la cabeza herida y luego cicatrizada. Las blasfemias de la bestia (vv. 5-6) y su guerra contra Dios y su Iglesia (vv. 7-8) están en concordancia con el hecho de que realiza la obra de Satanás, que la ha hecho emerger. En los vv. 9-10 Juan habla a los cristianos sobre su actitud de cara a estas afrentas. La *perseverancia* y la fe a que Pablo los insta como respuesta a la persecución es la palabra del Apocalipsis.

Las maravillas realizadas

La otra bestia de la tierra (vv. 11-18), a la que Juan luego (16, 13) llama *el falso profeta*, es el otro aspecto del poder hostil a Cristo. Es el paganismo mismo personificado. De manera característica, tiene *dos cuernos como un cordero* – es decir, puede tomar la apariencia del Hijo del Hombre mismo – sin embargo, *hablaba como una serpiente*, porque es la voz de Satanás (v. 11). El paganismo es el que lleva a los hombres a adorar el poder que no es Cristo (v. 12), y realiza falsas maravillas para engañar a los hombres (vv. 13-14), incluso como los testigos de la Iglesia (11, 5-6) obraban maravillas verdaderas. En el v. 15 probablemente Juan hace referencia a las imágenes de los emperadores que se exhibían para que las adoraran; muchos cristianos fueron muertos por negarse a hacerlo. El paganismo estaba totalmente al servicio del gran imperio (vv. 16-17), al punto de que todo el que no lo aceptara, para recibir *la marca de la bestia*, estaba sujeto a la persecución y a una penalización y marginación económicas.

“La Bestia”

El famoso *número de la bestia* aparece en el v. 18. El número *seiscientos sesenta y seis* es, en primer lugar, un símbolo de la mayor imperfección, ya que es el sagrado número siete menos uno repetido tres veces. Pero Juan dice que es el *número de un hombre*, con lo cual quiere decir, sin duda, que es un número formado al sumar el valor numérico de las letras del nombre de alguna persona. ¿El nombre de quién? Debemos confesar que no es posible contestar con absoluta certeza. No estamos seguros del lenguaje en que pensaba Juan cuyos números usaría. Juan escribió en griego, pero probablemente pensaba en arameo y usa mayormente fuentes hebreas. Incluso podría ser latín, ya que él personifica al anticristo en términos del imperio romano. Es probable que una persona con ingenio llegue al número 666 a partir de casi cualquier nombre o título que escoja si le permitimos formular el nombre o título como lo desee y decidir en qué lenguaje lo va situar. De hecho, el candidato más probable para el número

de la bestia es el Emperador Nerón, el primer perseguidor en nombre de Roma. Si sumamos el valor numérico en hebreo del nombre Nerón César (*Neron Qesar*) obtenemos 666. ¿Es ésta la solución correcta? No podemos estar seguros; es sólo una conjetura. Pero parece probable a la luz de lo que sigue.

Debemos comentar que ahora con el dragón, la bestia (del mar) y el falso profeta (la bestia de la tierra) juntos, tenemos una especie de “trinidad diabólica” en oposición a la verdadera Trinidad de Dios. Como Juan menciona a los tres de esta “trinidad” en 16, 3, así como antes había dado énfasis a la presencia de la Trinidad divina, podemos concluir que no es una simple coincidencia que oponga tres a tres. El signo final de esta serie introductoria presentada como un “elenco de personajes” es el de los 144,000 (14, 1-5), que, como vimos previamente (7, 4 sig.), representa a la Iglesia en la tierra, los elegidos de Dios. Aquí son presentados con el Cordero, con su nombre escrito en la frente, de pie sobre el Monte Sión, en total contradicción con la bestia y sus seguidores. Aquí se les llama también vírgenes y *primicias para Dios*, el título que daba Pablo a los cristianos a quienes dirigía sus cartas.

Las siete copas

Después de esta serie de signos, se nos presenta otra serie corta de siete ángeles en la tercera gran imagen profética de las siete copas. El primero de estos ángeles (14, 6-7) proclama una *buena nueva eterna*, es decir, la voluntad fija y decidida de Dios de efectuar Su juicio (la palabra “evangelio” significa “buena nueva”). El segundo ángel anuncia la caída de Babilonia (v. 8), un tema que se desarrollará luego con gran detalle. Un tercer ángel (vv. 9-11) predice la condenación eterna de quienes insistan en seguir a la bestia. Una vez más Juan pide la perseverancia paciente de los cristianos, y habla de la recompensa para los verdaderos creyentes (vv. 12-13). Un cuarto ángel es descrito como hijo de hombre, porque él hará el trabajo del Hijo del Hombre (v. 14). Un quinto ángel ordena este trabajo (v. 15), es decir, juzgar al mundo, que aquí se describe con el acto de segar (v. 16). Un sexto ángel aparece con el mismo propósito (v. 17), y un séptimo ángel llama desde el altar celestial donde están las oraciones de los santos (v. 17), y de nuevo el juicio se describe esta vez como una vendimia sangrienta (vv. 19-20).

El juicio

Estas dos imágenes del juicio han sido tomadas de Joel 3, 13 e Isaías 63, 1-6. Los comentaristas señalan que *mil seiscientos estadios* (alrededor de doscientas millas), el área inundada por la sangre del juicio, es precisamente la extensión exacta de Palestina. Así como la Jerusalén terrenal en 11, 8 es tomada como toda la tierra donde la Iglesia dará su testimonio entre los

hombres, y por lo tanto representa el mundo mismo poblado por los que son hostiles al Señor (cf. 11, 2, todos los que se encuentran en el atrio exterior del templo), posiblemente Juan toma aquí los límites tradicionales de Palestina para representar al mundo entero que va a ser juzgado.

En el capítulo 15 comienza la última de las séptuples imágenes del juicio, o de los últimos tiempos, en la imagen de las siete copas. Aquí el énfasis está en el triunfo, la vindicación de los justos que está necesariamente unida al castigo de los injustos. En consecuencia, después de una breve mención de las siete plagas (15, 1), hay un canto de triunfo en el cielo de quienes han triunfado sobre la bestia, es decir, los cristianos que han resistido su persecución y ahora reciben su recompensa (vv. 2-4). Ellos cantan el *canto de Moisés* al igual que el *canto del Cordero*. Su canto, en efecto, recuerda el de Moisés en Éxodo 15, 1, después de cruzar el Mar Rojo. De este modo vemos la razón por la cual el *mar de cristal* (v. 2), que fue asociado previamente con el trono celestial, aquí está *mezclado de fuego*. Así como Moisés llevó a Israel victorioso a través del Mar Rojo, la Iglesia glorificada ha cruzado el mar rojo de cristal hasta la bienaventuranza celestial.

La Tienda del Testimonio

A tono con esta misma línea de pensamiento, el templo celestial se describe aquí como la *Tienda del Testimonio* (v. 5) como en el Éxodo la historia del tabernáculo en el desierto (Éxodo 40, 34, etc.). Las siete copas de la ira de Dios son ahora entregadas por las criaturas del Santuario de Dios a siete ángeles vestidos como el Hijo del Hombre, ya que ellos consumarán Su voluntad en el juicio (vv. 6-8).

La orden de derramar sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios (16, 1) abre la última visión concisa de los últimos tiempos en forma de juicio. Las siete copas están más relacionadas que los siete signos o las siete trompetas. Vienen una tras otra en rápida sucesión, excepto que, nuevamente, al igual que antes, hay una pausa en anticipación de la última de ellas. La primera copa (v. 2) repite la imagen de la plaga de Egipto descrita en Éxodo 9, 10-11. De hecho, todas las copas siguen el modelo de la historia de las plagas de Egipto.

Símbolos numéricos

La segunda y tercera copas (vv. 3-4) se reparten la plaga descrita en Éxodo 7, 20-21. La segunda copa es también parecida a la tercera trompeta (8, 10-11). Después de estas primeras tres copas en los vv. 5-7 está la voz de aprobación del ángel y del altar (donde están las oraciones de los santos). Hasta este punto, entonces, se hace una división entre las copas como la de las cartas

a las iglesias al comienzo del Apocalipsis. Como lo vimos en su momento, mientras que las cartas están divididas estilísticamente en 3 + 4, los sellos y las trompetas están divididos en 4 + 3, o, para ser más exactos, 4 + (2+1). Con las copas regresamos de nuevo a 3 + 4, ó 3 + (3+1).

La cuarta copa no tiene paralelo en el Éxodo pero depende de Isaías 49, 8-10. Esta descripción (vv. 8-9) opone directamente el destino de los malvados al de los justos (7, 16). La quinta copa regresa a la imagen de Éxodo 10, 21-22, y es parecida (vv. 10-11) a la cuarta y quinta trompetas.

La sexta copa (v. 12) como en el caso de la sexta trompeta (9, 13 sig.) es predice la invasión de los bárbaros para poner fin al imperio romano. El río Éufrates, que por así decirlo los contiene, ahora es suprimido. Esto también presenta una imagen (v. 13) similar a la de la plaga de Egipto en Éxodo 8, 2. Aquí la "trinidad diabólica" suelta *espíritus inmundos* que simbolizan al mal que influye en los hombres del mundo para convocarlos contra Dios (v. 14). Pero Cristo, como dijo Pablo (1 Ts 5, 2), viene a juzgar sin avisar, *como ladrón* en la noche (v. 15) y los destruirá totalmente (v. 16). El lugar simbólico de este juicio de Dios, *Harmagedón*, es el valle de Meguidó, el campo de batalla de Palestina. Aquí Ocozías, rey de Judá, había sido asesinado por Jehú (2 Reyes 9, 27). Aquí el Rey Josías fue asesinado por el Faraón Nekó (2 Reyes 23, 29). Este campo de batalla era ya, en efecto, un símbolo de muerte y castigo.

Símbolo del mal

La séptima copa describe el final de todo (vv. 17-21) en un lenguaje que ya hemos visto (cf. 8,7), y en términos de Éxodo 9, 23-24. Siguiendo con esta perspectiva de las copas, en el capítulo 17 y siguientes, estos eventos se describen más detalladamente, con más imágenaría e imaginación.

Primero encontramos de imagen de la gran ramera Babilonia sentada sobre la bestia (17, 1-6). La ramera es la diosa de Roma. Ella está sentada sobre las *aguas*, el símbolo del mal (como dice usando casi las mismas palabras Jeremías 51, 13); su descripción en el v. 2 es la descripción de Tiro en Isaías 23,15-17. La bestia se describe aquí como *escarlata* (el color de la realeza, y con las siete cabezas y diez cuernos que ya habíamos visto y que explicaremos en breve); de la misma manera, la mujer tiene todas estas características de la bestia (cf. Jeremías 51, 7), como perseguidora de los elegidos de Dios. El hecho de que diga que ella está en un desierto (v. 3) es probablemente para mostrar mejor el contraste con la mujer del capítulo 12, quien personifica a la Iglesia,

protegida en el desierto por Dios. La Iglesia y el anticristo ocupan el mismo terreno, este mundo, y la Iglesia será salvaguardada contra los ataques del mal.

“El poder de la Bestia”

El resto del capítulo está dedicado a una explicación de esta visión, como se anuncia en el v. 7. La bestia *era y ya no es* (v. 8), en contraste con Dios *que es y que era* (1, 4, etc.). Sin embargo, tanto el poder de Dios como el poder de la bestia están por venir. En efecto, el Apocalipsis se puede resumir como la oposición entre estos dos poderes. Las siete cabezas de la bestia son *siete colinas sobre las que se asienta la mujer* (v. 9), sin duda una referencia a Roma, la ciudad de las siete colinas. Aquí vemos por qué Juan ha caracterizado el poder del mal como Babilonia. Babilonia había representado para el judío del Antiguo Testamento todo lo que era malvado y simbolizaba la persecución (a veces daban el nombre de otra ciudad, pero Babilonia era la favorita), y lo mismo representaba Roma en la época de Juan.

En los vv. 10-11 leemos que las siete cabezas *son también siete reyes: cinco han caído, uno es, y el otro no ha llegado aún. Y cuando llegue, habrá de durar poco tiempo. Y la Bestia, que era y ya no es, hace el octavo, pero es uno de los siete y camina hacia su destrucción*. Probablemente lo que Juan quiere decir es lo siguiente. Él toma la bestia con siete cabezas de Daniel y no ha cambiado la figura. Está pensando, sin embargo, en ocho emperadores de Roma. Estos son los ocho que han reinado hasta su época, que son Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano, Tito y Domiciano (hubo otros tres, Vitelio, Galba y Otón, que reinaron por poco tiempo). Cinco de éstos habían caído; así, la Iglesia había visto el fin de la persecución de Nerón. Uno es: Juan se sitúa en la época de Vespasiano (cuando quizá recibió originalmente la visión); durante el reino de este emperador cesó temporalmente la persecución. Uno está aún por venir: Tito, quien destruyó Jerusalén, y reinó durante un tiempo relativamente corto. El octavo, que es uno de los siete, es Domiciano, a quien los primeros cristianos – por lo que sabemos de los escritos de Tácito, Dio Casio y Dio Crisóstomo, junto con otros – describieron como la reencarnación de Nerón. Es también en este sentido como debemos comprender 13, 3, que describe la herida de una de las cabezas de la bestia, que ya ha cicatrizado. También, a la luz de esta explicación, vemos el porqué de la descripción del dragón en 12, 3. El dragón, que es Satanás, ejerce su poder mediante la bestia.

Los *diez reyes* de 17, 12, que presenta como una explicación de los diez cuernos de la bestia, probablemente se refieren a los otros reyes de la tierra, quienes, en la época de Juan, compartían el poder de Roma, aunque sólo parcialmente, *por una hora*. Ellos, también, son parte del mundo que se opone a Cristo y contribuyen a la persecución de la Iglesia (vv. 13-14). Pero ellos y *la*

bestia acabarán volviéndose contra Roma y la destruirán (vv. 15-18). Juan no sólo predice la destrucción del imperio romano; al presentar a la bestia, que previamente había sido descrita en términos de ese mismo imperio, como opuesta a éste, demuestra que él no identifica el poder del anticristo sólo con Roma. Es un poder que continúa y que sobrevivirá a Roma.

La caída de Babilonia

El capítulo 18 consiste primero en una proclamación de la ruina de Babilonia (vv. 1-8), una sarta de citas de Isaías y principalmente de Jeremías, en el siguiente orden: Jeremías 51, 8; Isaías 21, 9; Jeremías 50, 39; Jeremías 25, 15, 27; Isaías 48, 20; Jeremías 50, 8; Jeremías 51, 45; Salmos 137, 8; Isaías 47, 7-8, etc. Luego los versículos 9-19 describen cómo los reyes de la tierra, los mercaderes y los marineros se lamentan por la caída de Babilonia que los ha privado de la gloria que compartían con ella. Estas lamentaciones están tomadas casi palabra por palabra de Ezequiel 26-27. Son interrumpidas brevemente por el v. 20, el contraste con el regocijo del cielo por haber derrocado el mal, en un lenguaje que aparece con frecuencia en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 32, 43; Isaías 44, 23; Jeremías 51, 48, etc.). Finalmente, la última parte del capítulo 18 (vv. 21-24) repite la firme predicción de la caída de Babilonia en el lenguaje de Jeremías 51, 63; Ezequiel 26, 21; Jeremías 25, 10; Ezequiel 26, 13; Isaías 24, 8.

El júbilo por la derrota de Roma continúa en 19, 1-10, que constituye al mismo tiempo una introducción a las últimas escenas triunfantes del Apocalipsis. Una vez más, esos cánticos celestiales de alabanza se asemejan mucho a los de las fuentes del Antiguo Testamento que ya hemos visto. En el v. 9 se menciona por primera vez *el banquete de bodas del Cordero*. Esta era una figura judía que representaba con frecuencia el reino mesiánico. Juan la emplea para indicar el triunfo final de Cristo y su Iglesia – porque la Iglesia es la novia en esta boda – que será celebrado en sus capítulos finales. En el v. 10, impulsado por la emoción, Juan se arrodilla a los pies del ángel y es reprendido. Probablemente Juan ha incluido esta reminiscencia principalmente para oponerse a la adoración a los ángeles, que aparentemente estaba muy difundida en Asia Menor y que es condenada especialmente en las Epístolas a los colosenses y a los hebreos.

Han terminado ya las imágenes sombrías del Apocalipsis. Lo que sigue es la visión de la Jerusalén celestial.

VI

LA NUEVA JERUSALÉN

En la última parte del libro del Apocalipsis, a partir de 19, 11, la imagen que presenta Juan del futuro está casi totalmente dedicada al aspecto positivo, el triunfo de Cristo y de sus elegidos.

La visión del guerrero triunfante (19, 11-16) es, obviamente, una visión de Cristo a la cabeza del ejército celestial. La imagen se apoya en el Salmo 2 e Isaías 63, 1-3, entre otros pasajes. Igualmente, en el Libro de la Sabiduría del Antiguo Testamento (omitido en las versiones protestantes de la Biblia), se lee en 18, 14-16: “Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real, en medio de una tierra condenada al exterminio. Empuñando como afilada espada tu decreto irrevocable, se detuvo y sembró la muerte por doquier; y tocaba el cielo mientras pisaba la tierra”.

Luego sigue (19, 17-18) una visión de un ángel de pie sobre el sol; llama a todas las aves (antiguo símbolo de mal agüero) para que se coman a los enemigos de Dios (tomado de Ezequiel 39, 17-20). Ésta es también la representación de un triunfo seguro. La completan los vv. 19-21, donde se describe una vez más la derrota y el castigo eterno de todos los enemigos de Cristo, las bestias y sus ejércitos.

Todo esto es la introducción y resumen de una descripción más detallada que viene a continuación. Primero, dice Juan, Satanás es encadenado *por mil años*. Y después de este período de mil años *tiene que ser soltado por poco tiempo* (20, 1-3).

¿Qué es este período de mil años? Es la vida de la Iglesia en la tierra. Anteriormente, vimos que Juan hablaba de un periodo de vida de la Iglesia en la tierra de tres años y medio, cuarenta y dos meses, etc. Entonces, sin embargo, hablaba de la vida de la Iglesia como una dura prueba, pues era perseguida continuamente por Satanás y sus ejércitos. Aquí se presenta el otro lado de la moneda. Con el Señor, mil años es como un día (2 Pedro 3, 8). Aunque, en un sentido, el destino de la Iglesia en la tierra es sufrir y luchar contra la tentación, en el otro, la Iglesia vive en un mundo donde Satanás ya ha sido vencido, aunque haya que soltarlo por poco tiempo. Por lo tanto, Juan

puede hablar de la existencia de la Iglesia en ambos aspectos, usando números diferentes para se note claramente la distinción.

Esto no tiene por qué confundirnos si comparamos este pasaje con el resto del Nuevo Testamento. Nos dice que la vida cristiana en la tierra es un combate (2 Corintios 10, 4), que es el destino del cristiano sufrir persecución (2 Tesalonicenses 1, 5) y cosas parecidas, pero también nos dice que el maligno no llega a tocar al que ha nacido de Dios (1 Juan 5, 18), que Cristo ya ha invadido la casa de Satanás y lo ha atado (Mateo 12, 29), que Él lo ha despojado y lo ha incorporado a su cortejo triunfal (Colosenses 2, 15), y así sucesivamente. La vida cristiana es tanto de sufrimiento como de triunfo; el triunfo, sin embargo, está por confirmarse, y aunque en principio Satanás ha sido vencido, es necesario seguir luchando por esta conquista en cada alma cristiana con la ayuda de la gracia de Cristo. Ambas imágenes son, por lo tanto, verdaderas, aunque aquí se resalta el lado positivo.

Primera resurrección

Esta interpretación se ve confirmada por la escena en 20, 4-6, que presenta a quienes *revivieron y reinaron con Cristo mil años*, es decir, durante este mismo período. ¿Quiénes son ellos? Ellos son, primero que nada, los mártires, y en segundo lugar, *todos los que no adoraron a la Bestia*, es decir, los fieles siervos de Cristo. Ellos tienen una *primera resurrección* que no tienen *los demás muertos*. Esta es la resurrección de la que Pablo habla con tanta frecuencia, por ejemplo, en Colosenses 3, 1: “Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”. El cristiano unido a Cristo ya ha resucitado con Él mientras que aquellos que están muertos espiritualmente no resucitarán *hasta que se acaben los mil años*, es decir, al final de la vida de la Iglesia en la tierra, cuando venga el juicio final y la resurrección. Quienes participan de la primera resurrección de la gracia *serán sacerdotes de Dios y de Cristo*, como describe Pedro la vida cristiana (1 Pedro 2, 9), y sobre ellos *la segunda muerte no tiene poder*. La segunda muerte era una expresión judía para la condenación eterna.

1,000 años

Por lo tanto, el reino de mil años no se limita al fin del mundo. Sigue en nuestra época. El encadenar a Satanás es una forma de decir lo que se expresó de otra forma en 12, 7-9. Allí, Satanás fue arrojado del cielo para seducir al mundo. Aquí, es arrojado y sometido a control. Ambos hechos son ciertos.

Al final de los mil años, es decir, cuando la vida de la Iglesia en la tierra haya finalizado su curso, se describe una vez más la gran batalla entre Cristo y

los secuaces de Satanás, los poderes de la tierra (20, 7-8). Aquí reciben los nombres de Gog y Magog, al igual que en Ezequiel 38 sig. Éstos serán derrotados (v. 9) y Satanás será enviado de nuevo al infierno (v. 10), donde ya se han enviado las dos bestias (19, 20), como se dijo. Como las bestias para Juan representaban el imperio romano y el paganismo, él nos dice que el poder de Satanás es más duradero y les sobrevivirá.

Luego sigue la resurrección general (la segunda resurrección) y el juicio final (vv. 11-15).

Ahora, el Apocalipsis se abre a una visión de la Jerusalén celestial, es decir, el estado eterno y glorioso de los escogidos de Dios. Lo llama *un nuevo cielo y una nueva tierra* en el lenguaje de los profetas (p. ej. Isaías 65, 17), pero evidentemente es el cielo. Como Juan se mantiene fiel en todo momento a las fuentes del Antiguo Testamento, describe el estado final de la gloria en términos que le son familiares, especialmente los de los profetas que imaginaron la renovación de Dios como una creación nueva, una tierra nueva, una Palestina nueva, una Jerusalén nueva, un templo nuevo. Sin embargo, la perspectiva de Juan va mucho más allá del Antiguo Testamento. Usa su lenguaje, pero la Jerusalén que describe es “la Jerusalén de arriba, nuestra madre” (Gálatas 4, 26).

La Iglesia glorificada

La Jerusalén celestial (21, 1-8), la morada de los elegidos de Dios, de la que están excluidos los pecadores obstinados cuyo destino es el infierno, se describe más adelante (vv. 9-21) como la Novia del Cordero, en lenguaje tomado de Ezequiel 40 y 48, Isaías 54 y 60 y otras fuentes. Aquí el número doce, el de la perfección celestial, aparece con frecuencia. La Iglesia que había luchado en la tierra es ahora la Iglesia glorificada.

Su carácter espiritual aparece ahora claramente en 21, 22 - 22, 5. No hay *ningún templo en la ciudad*, porque no se necesita ningún intermediario de la religión cuando se posee a Dios como es. Con la mayoría de los personajes de este texto ya estamos familiarizados. En varios de los primeros versículos del capítulo 22 la descripción nos recuerda el segundo capítulo del Génesis en la historia de la inocencia primitiva del hombre con Dios.

La bendición de los justos

Éste es, en efecto, el final del Apocalipsis. Una vez más, Juan recibe la orden de publicar este libro (vv. 6-11). No deberá sellar las palabras de esta profecía (v. 10) porque *el Tiempo está cerca*. Las palabras de esta revelación se aplican aquí y ahora, y lo que se ha profetizado sin duda caerá sobre cada persona malvada del presente y será la recompensa de cada persona justa (v.11).

Así lo confirma la voz de Cristo (vv. 12-13), y en este espíritu es una bendición final a los justos (v. 14) y una advertencia final a los malvados (v. 15). El libro se cierra con un testimonio final de Jesús y de Juan (vv. 16-21).

Como corresponde, ya que durante todo el Apocalipsis las personas de este mundo y los gobernantes han representando los enemigos de Cristo, el triunfo final y la renovación se presentan como la creación de un mundo nuevo, una creación nueva. Y resulta también adecuado que Juan haya escogido los detalles gloriosos y exuberantes de la descripción de Ezequiel de esta nueva creación para que resuenen las notas finales de esta visión de esperanza y consuelo.

Evidentemente, sólo hemos podido examinar superficialmente el sentido y el significado del Apocalipsis. Hemos tratado de demostrar por qué fue escrito y cuáles son las directrices para interpretarlo. Éstas son las interpretaciones en las que concuerdan los estudiosos serios de la Biblia, con alguna diferencia de opinión sobre detalles menores. Por lo menos, hay certeza y acuerdo sobre los principios que deben regir la interpretación.

Si el lector vuelve a revisar las primeras páginas de este folleto donde se explican esos principios, al haberlos visto en obra, podrá entenderlos mejor. La comprensión de estos principios también ayudará a ver que el Apocalipsis, a pesar de su estilo y forma tan extremadamente ajenos a nosotros, tiene un mensaje significativo para el cristiano de hoy, al igual que para los cristianos del tiempo de Juan. Ya con resaltar este punto habremos logrado mucho. Sería una gran victoria para la causa de la verdad y de la vida cristiana arrebatarse este libro a los simples curiosos y a los fanáticos religiosos, para que recupere su lugar apropiado como documento de alegría y esperanza cristiana.